

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ
FACULTAD DE LETRAS Y CIENCIAS HUMANAS



¿Quiénes son los hijos del Perú? Familia, nación y memoria en *La voluntad del molle* de Karina Pacheco

**TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO PROFESIONAL DE LICENCIADA EN
LINGÜÍSTICA Y LITERATURA CON MENCIÓN EN LITERATURA
HISPÁNICA**

AUTORA:

Andrea Maria Sabogal Chipoco

ASESORA:

Alexandra Imogen Hibbett Diez Canseco

Lima, julio, 2024

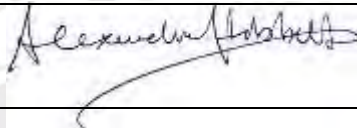
Informe de Similitud

Yo, Alexandra Imogen Hibbett Diez Canseco, docente de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Pontificia Universidad Católica del Perú, asesor de la tesis titulada “**¿Quiénes son los hijos del Perú? Familia, nación y memoria en La voluntad del molle de Karina Pacheco**”, de la autora **Andrea María Sabogal Chipoco** dejo constancia de lo siguiente:

- El mencionado documento tiene un índice de puntuación de similitud de **15%**. Así lo consigna el reporte de similitud emitido por el software *Turnitin* el **30/06/2024**.
- He revisado con detalle dicho reporte y la Tesis y no se advierte indicios de plagio.
- Las citas a otros autores y sus respectivas referencias cumplen con las pautas académicas.

Lugar y fecha:

Lima, 01 de julio del 2024

Apellidos y nombres de la asesora: Alexandra Imogen Hibbett Diez Canseco	
DNI: 43155394	Firma 
ORCID: orcid.org/0000-0002-0822-432X	

Agradecimientos

A mi mamá, por el cariño, orgullo y confianza que conforman tu recuerdo. A mi papá y al resto de mi familia, por acompañarme durante todas mis experiencias y por alentarme a esforzarme siempre en mis estudios.

A mi asesora, Alexandra Hibbett, por creer en mis ideas, por las preguntas estimulantes y por la paciencia.

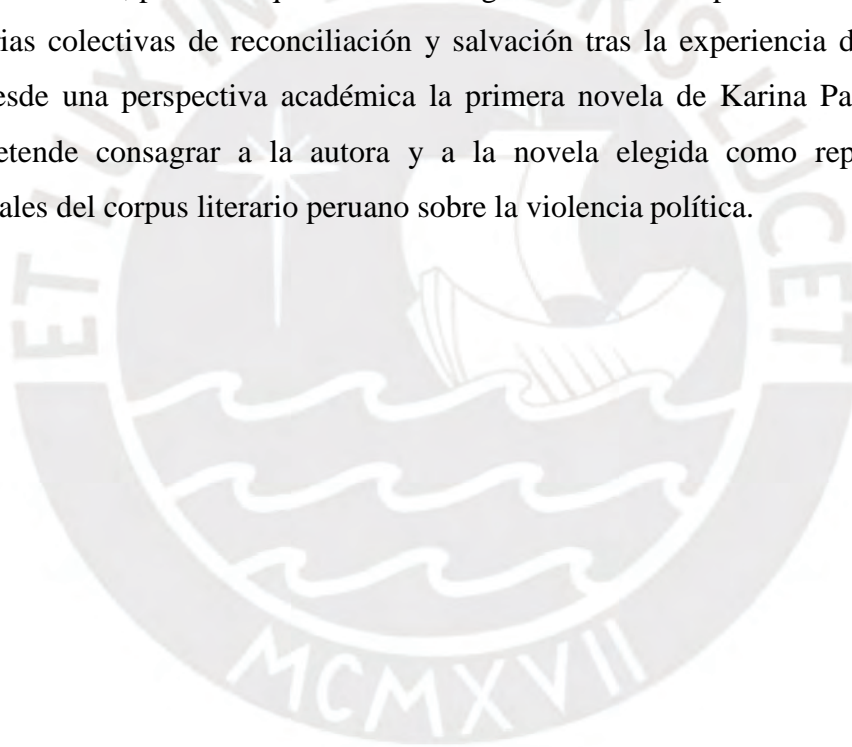
A las chicas del club de lectura Matriarcadia, por darme la oportunidad de conversar con Karina Pacheco. A Karina, por abordar desde la literatura temas tan necesarios y por la emoción con la que fue recibida la noticia de la existencia de esta tesis.

Finalmente, a todas las personas que, en cualquier momento de este proceso, me han acompañado con preguntas, bibliografía o palabras de ánimo. Me es imposible mencionarlos a todos, pero aprecio infinitamente los gestos de apoyo, por más pequeños que hayan sido.



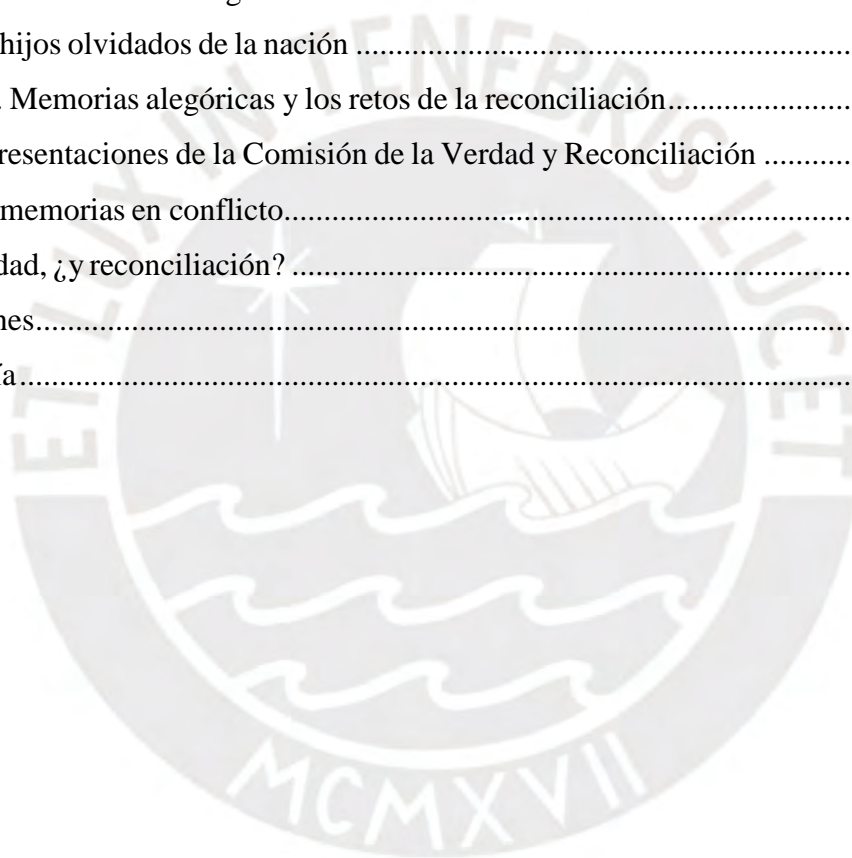
Resumen

En la presente tesis, analizo la representación de la realidad nacional peruana desde el motivo del secreto familiar en la novela *La voluntad del molle* (2006) de Karina Pacheco. Sostengo que esta novela puede leerse en dos niveles: primero, como una representación realista de la familia de clase alta peruana, y, segundo, como una alegoría de las relaciones de poder y el proceso de construcción de memorias del Conflicto Armado en el Perú (CAI) a través de la narración ficticia de una experiencia familiar. En primera instancia, argumentaré que la novela representa, de forma realista y crítica, a la institución de la familia de clase alta peruana como reproductora de la violencia y desigualdad social. Luego, propondré que la novela también construye, a través de esta familia, una representación alegórica de la heterogeneidad y las relaciones de poder presentes a nivel nacional. Por último, plantearé que la novela alegoriza también el proceso conflictivo de las memorias colectivas de reconciliación y salvación tras la experiencia del CAI. Al estudiar desde una perspectiva académica la primera novela de Karina Pacheco, este trabajo pretende consagrar a la autora y a la novela elegida como representantes fundamentales del corpus literario peruano sobre la violencia política.



Índice

Introducción.....	1
Capítulo 1. La familia en el baúl: la crisis de la familia peruana.....	10
1.1. La familia “modélica”	10
1.2. La crisis de la identidad familiar	16
1.3. Los nuevos integrantes de una familia desmantelada.....	20
Capítulo 2. Las contradicciones de la familia-nación.....	26
1.1. <i>La voluntad del molle</i> como alegoría nacional.....	26
1.2. El secreto de la nación	30
1.3. Testimonios de heterogeneidad	34
1.4. Los hijos olvidados de la nación	40
Capítulo 3. Memorias alegóricas y los retos de la reconciliación.....	49
1.1. Representaciones de la Comisión de la Verdad y Reconciliación	49
1.2. Las memorias en conflicto.....	57
1.3. Verdad, ¿y reconciliación?	63
Conclusiones.....	71
Bibliografía.....	75



Introducción

La voluntad del molle (2006) es la primera obra de la escritora Karina Pacheco, publicada en Cusco apenas tres años después del *Informe Final* de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (en adelante, CVR). La novela representa las causas y consecuencias no solucionadas del Conflicto Armado Interno (1980 – 2000, en adelante CAI) a través de la narración de las vivencias de una familia afectada por la violencia y la desigualdad de la sociedad peruana. Realidades como la pobreza, el racismo y la violencia patriarcal, aunque ignoradas por el discurso hegemónico sobre lo nacional, se representan en la novela para problematizar la actualidad de la memoria en el Perú. El objetivo de esta tesis es analizar cómo esta novela emplea el secreto familiar como un motivo para representar la realidad del país tras la experiencia del CAI.

Sostengo que *La voluntad del molle* puede leerse en dos niveles: primero, como una representación realista de la familia de clase alta peruana, y, segundo, como una alegoría de las relaciones de poder y el proceso de construcción de memorias del Conflicto Armado en el Perú a través de la narración ficticia de una experiencia familiar. Argumentaré, en primera instancia, que la novela desarrolla una representación realista y crítica de la familia peruana al deconstruir los valores asociados a esta institución y presentarla como reproductora de la violencia y desigualdad. Este primer análisis me permitirá defender que la novela representa la colonialidad del poder, la discriminación y la subalternidad presentes en la sociedad peruana al construir una alegoría desde las relaciones entre los personajes. Finalmente, argumentaré que la complejidad de los vínculos de la familia ante el pasado familiar revelado supone una representación alegórica de la construcción de memorias en el Perú tras la experiencia del CAI.

Para llevar a cabo el análisis, considero necesario delimitar el contexto de producción de la novela. *La voluntad del molle* se inserta en un escenario cultural postconflicto en el que el arte asume la tarea de recordar a la sociedad el pasado violento. Así, ante la experiencia del CAI, “la cultura y el arte sirven para insistir con viejas preguntas, para visibilizar mejor el presente, para saldar algunas deudas con el pasado y para intentar construir nuevos sentidos de comunidad hacia el futuro” (Vich 20). La novela, entonces, forma parte del corpus literario que aborda el pasado violento para construir nuevos significados y propuestas en torno a la violencia sufrida por el país.

La fecha de publicación de la novela permite situarla entre la literatura que emplea el *Informe Final* de la CVR como punto de referencia para representar el pasado violento. Como señala Lucero de Vivanco, este informe permitió que la narrativa peruana se hiciera

cargo de abordar las complejas causas, manifestaciones y consecuencias de la violencia, así como de ofrecer contenidos para entender este pasado y garantizar que no se repita (24). Siguiendo la clasificación de la narrativa peruana post-CVR propuesta por esta autora, *La voluntad del molle* puede identificarse como perteneciente a la categoría de “memorias dislocadas” en tanto enfrenta la tarea de representar la violencia irrepresentable (24) desde un lugar de enunciación perteneciente a la tradición criolla que no experimentó la violencia de manera directa y, en consecuencia, la representa desde la ficción (88). Entonces, la novela puede leerse como un ejercicio de memoria dislocada en tanto aborda el CAI a partir de la lectura de la CVR desde la perspectiva de una autora perteneciente a la clase intelectual privilegiada del Cusco¹.

A pesar de la importante labor de memoria de la novela de Pacheco, los principales críticos académicos que abordan la literatura del postconflicto no la incorporan en los corpus de textos sobre el tema. La mayoría de las obras estudiadas se caracterizan por ser escritas por hombres (como Alonso Cueto, Santiago Roncagliolo, Julio Ortega, etc.) o por autoras limeñas (como *La sangre de la aurora* de Claudia Salazar)². Considero que la situación de la novela de Pacheco en oposición a la popularidad en la crítica de obras escritas por autores limeños y/o masculinos en los estudios del tema demuestra la marginalidad de la literatura escrita por mujeres fuera de la capital. Ante ello, presento esta tesis como un ejercicio académico que pretende incorporar a *La voluntad del molle* en el corpus canónico sobre la literatura de la violencia política.

No obstante esta falta de presencia en el ámbito académico, la novela ha sido recibida de manera positiva por la crítica y los lectores. Los elogios y éxitos en ventas lograron que, tras una primera edición independiente en el 2006, dos grandes editoriales publicaran nuevas ediciones en 2016 y 2023³. Así, la novela pasó de ser poco reconocida en sus primeros años de circulación (de ahí su falta de inclusión en el canon de la literatura

¹ Si bien Karina Pacheco no pertenece a los principales sectores sociales azotados por la violencia, su lugar de enunciación como autora regional se opone a los ejemplos propuestos por Lucero de Vivanco. Ella menciona a los escritores limeños Alonso Cueto, Santiago Roncagliolo e Iván Thays como representantes de las memorias dislocadas (88). Por ello, considero que, aunque pueda clasificarse en la categoría, se trata de un ejemplo atípico, ya que Pacheco escapa del perfil de autor propuesto por de Vivanco.

² Véase los siguientes libros que tienen como objeto de estudio la literatura sobre el CAI, pero que no mencionan a Karina Pacheco: *Dispare: Violencia y memoria en la narrativa peruana (1980-2020)* de Lucero de Vivanco y *Contra el sueño de los justos: la literatura peruana ante la violencia política* de Alexandra Hibbett, Juan Carlos Ubilluz y Víctor Vich. Además de esta falta de mención, los pocos artículos académicos que estudian a Karina Pacheco, en oposición a la abundante cantidad de textos sobre otras obras de autores masculinos y/o limeños, dan cuenta de una gran deuda de la crítica literaria ante esta autora.

³ La primera edición de la novela fue realizada por la Editorial San Marcos en Lima. Las ediciones más actuales corresponden, respectivamente, al Fondo de Cultura Económica y a la Editorial Planeta Perú. Esta última ha publicado recientemente la mayoría de las obras de Pacheco bajo su sello Seix Barral.

de la violencia política) a consolidarse como un imprescindible referente literario sobre la memoria del CAI posterior a la CVR. Además, la carrera de Karina Pacheco como escritora prolífera (con siete novelas y cuatro cuentarios publicados hasta la fecha) y su labor como editora en Cusco le permitieron una mayor presencia en el campo de la literatura peruana actual. Entre los eventos que incrementaron la popularidad de la autora destaca el reconocimiento a su novela más reciente, *El año del viento* (2021), con el Premio Nacional de Literatura del Ministerio de Cultura en 2022.

Sin embargo, como todo producto cultural, *La voluntad del molle* no está exenta de críticas negativas. En la oportunidad que tuve de conversar con la autora en agosto de 2023, ella afirmó que, tras publicar su primera novela, surgieron críticas que intentaban descalificar la calidad literaria de su obra por tratar cuestiones sentimentales en historias protagonizadas por mujeres⁴. Según la autora, los críticos tildaron a su novela de “melodramática” y argumentaron que, por abordar la sentimentalidad femenina, no poseía la rigurosidad literaria exigida por la crítica masculina. Ante la situación marginal de esta novela, representativa del estado de la literatura femenina y regional en el país, presento esta tesis como un intento de tratar a las obras de Karina Pacheco a partir de su calidad literaria. Destaco el ejercicio de la autora de recuperar la afectividad femenina en su representación realista y alegórica de la nación peruana, puesto que se opone a la visión masculina predominante sobre la literatura.

La escasa crítica académica existente sobre la novela la menciona como parte del corpus de la narrativa de ficción peruana escrita por mujeres que aborda el CAI como eje temático y que surge como una respuesta cultural y discursiva a la publicación del *Informe de la CVR* (Celis-Castillo 86). Ante las posturas de la crítica, mi hipótesis es novedosa, ya que se centra en el secreto familiar como una representación de la fragmentada nación peruana. Como parte del análisis, tendré en cuenta el carácter alegórico de los personajes (es decir, cómo funcionan para representar la realidad de la sociedad peruana desde sus experiencias personales) para cuestionar el fracaso de la idea de una identidad nacional reconciliada y problematizar las memorias de la violencia política.

Teniendo esto en cuenta, considero que la crítica en torno a la novela presenta propuestas valiosas para mi investigación a partir de los siguientes enfoques: la construcción de la memoria como medio de justicia (mediante el análisis de las acciones

⁴ Para profundizar en cómo la autora aborda las críticas masculinas en contra de la literatura femenina, véase la entrevista realizada por el Diario Correo (enlace en bibliografía).

de las hermanas) y el género (desde el análisis de los personajes femeninos que reconstruyen la historia de la madre).

La mayor parte de bibliografía crítica sobre la novela y su autora ha sido realizada por Mónica Cárdenas en cinco artículos. El primero se titula “El mito de Antígona en *La voluntad del molle* (2006) de Karina Pacheco. Posibilidades de justicia transicional en la novela peruana actual” (2018). En este, ella señala las similitudes entre los personajes de la novela y los de *Antígona*, tanto de la versión de Sófocles como la de José Watanabe, a partir de las nociones de memoria. Además, afirma que la novela propone una búsqueda de justicia en la medida que la protagonista se identifica con las víctimas del conflicto y convoca a un “coro de voces femeninas” para explorar y denunciar la marginalidad de las mujeres en el país (3-10). En “Filiación y memoria femenina en la novela peruana escrita por mujeres de la última década” (2019), Cárdenas aborda la novela *Las orillas del aire* (Pacheco, 2017) junto con otras tres obras de autoras peruanas. Sin embargo, también menciona a *La voluntad del molle* en el artículo y la compara con *La sangre de la aurora*. Afirma que, en ambas novelas, los diversos personajes femeninos denuncian las marginaciones sociales y la noción de víctima es extendida a los personajes senderistas (47). Abordaré estas ideas a profundidad en el segundo y tercer capítulo de la tesis. El siguiente artículo, “Viaje y novela familiar en la memoria peruana del postconflicto” (2020), plantea un análisis de *La voluntad del molle* junto con las novelas *La hora azul* (Alonso Cueto, 2005), *La distancia que nos separa* (Renato Cisneros, 2015) y *Retablo* (Julián Pérez, 2004). Cárdenas plantea que estas obras abordan la memoria del CAI y reinterpretan el pasado a través de historias familiares y los viajes que los protagonistas realizan para conocer el pasado familiar (s/p). En cuanto a *La voluntad del molle*, postula que Pacheco visibiliza la memoria del senderista vencido desde un escenario regional que se opone al centralismo limeño (s/p). Esta idea de la memoria en torno a un familiar perteneciente a grupos terroristas me sirve para polemizar, en el tercer capítulo, la noción de víctima empleada en la novela.

El resto de los artículos de Cárdenas sobre Karina Pacheco han sido publicados en francés y retoman las ideas ya mencionadas. Por un lado, el artículo “Mise en question de la maternité dans la construction des identités féminines pendant le conflit armé interne au Pérou (1980-2000)” (2020) analiza las novelas *La sangre de la aurora*, *La voluntad del molle* y *Las orillas del aire*. Cárdenas afirma que estas novelas recuperan las voces marginalizadas durante la época del conflicto armado a través del recuento de las violencias sufridas por los personajes femeninos (86). Las ideas sobre *La voluntad del*

molle son las mismas que se propusieron en los artículos en español, pero enfocadas desde esta perspectiva. Por otro lado, “Le roman de la mémoire sur le conflit armé au Pérou depuis une perspective de genre” (2021) aborda nuevamente *La sangre de la aurora* y *La voluntad del molle*. Plantea que estas novelas, mediante las experiencias de sus personajes femeninos, traspasan idea del Perú como un país con ciudadanos aislados entre sí para abogar por la reconciliación, y cuestionan la distinción entre víctimas y culpables (s/p). El cuestionamiento de la dicotomía víctima-victimario me sirve para profundizar en las complejidades del proyecto de memoria de la novela en el tercer capítulo de esta tesis.

Si bien estoy de acuerdo con las ideas principales planteadas por Cárdenas en estos artículos, considero que los análisis realizados por esta autora requieren de una mayor profundización; dado que la mayoría de sus artículos se enfocan en contextualizar *La voluntad del molle* en la historia peruana y compararla con otras obras de la misma temática. Por ello, en mi análisis de la novela, profundizo en las siguientes nociones propuestas en dichos artículos: la centralidad de la familia como reflejo de la realidad nacional, la cuestión de la víctima-senderista del conflicto y la necesidad de denunciar la violencia desde la multiplicidad de voces de los personajes.

Por su parte, Rebecca Thompson analiza *La voluntad del molle* en su tesis de maestría, “Cusco después de Los zorros: The Legacy of Arguedas in Contemporary Andean Narrative” (2012). En este texto, incluye a la novela de Pacheco en el corpus de la literatura andina posterior a José María Arguedas, y enfatiza su carácter femenino y andino. Señala que esta obra, a pesar de representar el trauma irreparable del pasado violento, deja un espacio para la esperanza de la construcción de un presente que toma en cuenta el pasado (228-230). Esta autora reconoce que la novela no lleva a cabo un cierre narrativo que demuestre que las hermanas han decidido tomar acciones concretas frente a las injusticias reveladas junto con el secreto familiar, esto es, que los problemas de racismo y discriminación revelados quedan sin siquiera un intento de solución (228). A partir de Thompson, interpreto el ejercicio de la novela como un primer acercamiento a la reconciliación que, a pesar de su fallo práctico, mantiene el ideal de justicia.

El último abordaje crítico de la novela a tener en cuenta corresponde al planteado por Pablo Celis-Castillo. En su artículo “Hacer propio lo ajeno: subjetividad y reconciliación en *La voluntad del molle*”, se enfoca en cómo la novela construye una noción de memoria. Propone que el cuestionamiento del racismo y el cambio subjetivo llevados a cabo por las hermanas “constituyen una alegoría del proceso de reconciliación en el Perú” que sigue la propuesta de la CVR (88-103). Argumenta que la reconciliación

ocurre en la medida que dejan de percibir a su hermano Javier como un “otro” y lo asimilan como un familiar suyo: asumen su sufrimiento como parte de su identidad y de la construcción de una memoria colectiva (90). Mi hipótesis entra en tensión con lo afirmado por este autor, pues opino que dicha reconciliación fraternal no se lleva a cabo porque Javier mantiene su otredad en la novela al no tener voz ni agencia. Considero que las hermanas lo asumen como un “otro” que les es familiar, pero no como un pariente enteramente “propio”: la identidad de Javier solo es representada a partir de las construcciones imaginarias que las hermanas crean a partir de los puntos de vista de otros personajes. Además, teniendo en cuenta que los personajes víctimas de la violencia no reciben justicia, opino que la interpretación, planteada por este autor, de que la reconciliación es exitosa en la novela no es acertada.

Para profundizar en el análisis, el acercamiento teórico que emplearé para estudiar esta novela se divide en tres ejes temáticos. El primero corresponde a las definiciones del discurso y su relación con la formación y reproducción de ideologías. Para Roger Fowles, el discurso es una declaración hablada o escrita vista desde el punto de vista de las creencias, valores y categorías que encarna; estas creencias, valores y categorías constituyen una manera de ver el mundo, es decir, una ideología (citado en Mills 5, mi traducción). Además de reproducir ideologías, los discursos estructuran la visión de realidad y la noción de la propia identidad (Mills 13, mi traducción). Estas ideas me permiten analizar las ideologías representadas en la novela mediante los discursos de los personajes pertenecientes a la familia protagonista.

El segundo enfoque consiste en las ideas en torno a la construcción de la identidad nacional. Para ello, el primer concepto a emplear es el de “alegoría nacional” planteado por Frederic Jameson. Este autor la define como un modo de “relatar la historia individual y la experiencia individual [que] en el fondo no puede sino involucrar el entero y laborioso relato de la experiencia de la colectividad misma” (Jameson 193). Entonces, la alegoría nacional en la literatura implica que las experiencias privadas de los personajes son reflejo de una realidad nacional mayor (163-193). El sentido alegórico de la novela es evidente en la medida que la experiencia de las hermanas a nivel familiar representa la experiencia colectiva de la nación peruana en el complejo proceso de construcción de una identidad nacional que asuma la memoria del pasado violento.

Un segundo concepto teórico que empleo para abordar la representación de la nación peruana en la novela es el de “heterogeneidad sociocultural” planteado por Antonio Cornejo Polar. Para el autor, esta noción permite “dar razón de situaciones socio-

culturales y de discursos en los que las dinámicas de los entrecruzamientos múltiples no operan en función sincrética sino, al revés, enfatizan conflictos y alteridades” (369). La heterogeneidad explica la convivencia de diversas perspectivas culturales en la nación peruana, puesto que su conflictividad “produce cruces, empréstitos y contaminaciones que desmienten la fijeza de las identidades colectivas, expresándolas en su carácter fluido y provisional, como negociaciones ideológicas y culturales en el nivel de los imaginarios” (Moraña xiii). Gracias a estas ideas, en el segundo capítulo desarrollaré cómo la naturaleza conflictiva de las relaciones entre los personajes de la novela representa la multiplicidad de identidades socioculturales que interactúan en el Perú.

El tercer eje comprende los estudios sobre la memoria, tanto desde una perspectiva general como en torno al caso específico del CAI en el Perú. Según Barrantes y Peña, las memorias son narrativas compartidas socialmente, que impactan las prácticas sociales y que “organizan los hechos del pasado otorgándoles sentido” (16). Es decir, las memorias son modos en que las personas interpretan su pasado de forma compartida. Este concepto de memoria me permite analizar cómo los personajes de la novela le otorgan sentido al pasado violento de la familia y, en su carácter alegórico, cómo se interpreta el CAI en la sociedad peruana.

En lo que corresponde al caso peruano en específico, abordaré las nociones sobre la memoria del CAI presentes en el debate público tras la publicación del *Informe Final* de la CVR. Tendré en cuenta las dos principales formas de interpretar el pasado existentes en nuestro país y cómo estas entran en conflicto. Por un lado, la memoria de reconciliación que corresponde a la labor de memoria propia de la CVR. Esta memoria “busca justicia sobre los crímenes, reconocimiento de las víctimas y garantías de no repetición sobre la base de la aceptación de los errores pasados” (Barrantes y Peña 18). Por otro lado, los opositores a esta perspectiva defienden una memoria de salvación en la que “el régimen dictatorial de Alberto Fujimori aparece como único responsable de la derrota del PCP-Sendero Luminoso y plantea la posibilidad de empeñar algunos valores democráticos a cambio de paz y orden” (Barrantes y Peña 17). Las definiciones de estas formas de interpretar el pasado peruano me permiten analizar la representación alegórica del conflictivo proceso de memoria peruano en la novela, pues considero que la memoria de reconciliación se representa a través de las hermanas protagonistas, y la memoria de salvación, a través de los abuelos.

El último concepto por definir es la reconciliación nacional como respuesta a la experiencia del Conflicto Armado Interno. La CVR entiende la reconciliación como

la puesta en marcha de un proceso de restablecimiento y refundación de los vínculos fundamentales entre los peruanos, vínculos voluntariamente destruidos o deteriorados por el estallido de un conflicto violento iniciado por el PCP Sendero Luminoso en las últimas décadas, y en el que la sociedad entera se vio involucrada. El proceso de la reconciliación es hecho posible, y es hecho necesario, por el descubrimiento de la verdad de lo ocurrido en aquellos años –tanto en lo que respecta al registro de los hechos violentos como a la explicación de las causas que los produjeron–, así como por la acción reparadora y sancionadora de la justicia (CVR *Fundamentos* 13).

Desde esta definición, analizaré la representación del proceso de reconciliación llevada a cabo por la novela y las implicancias del éxito o fracaso de la propuesta de la CVR.

Para desarrollar mi hipótesis a la luz de estas ideas teóricas, mi tesis se divide en tres capítulos. Esta división está orientada a analizar la novela desde tres ejes: la familia, la nación peruana y el proceso de memoria, respectivamente. En el primer capítulo analizaré cómo la novela desarrolla una crítica de la institución familiar peruana a través de la representación de la violencia perpetrada en la familia cusqueña de clase alta que protagoniza la obra. Para ello, tendré en cuenta los roles y discursos de los personajes desempeñan en relación con el secreto familiar. Argumentaré que la novela propone, a través de sus protagonistas, a un cuestionamiento crítico del papel de la familia en la reproducción de desigualdades y violencias en el Perú, así como de los factores sociales que impulsan a las familias a seguir este rol.

En el segundo capítulo sostendré que *La voluntad del molle* desarrolla una alegoría nacional que representa al Perú como una comunidad imaginada a través de la familia. Para ello, abordaré cómo las dinámicas entre los personajes de la familia representan la compleja realidad nacional a través de alusiones a diversos grupos sociales del país. Así, propongo que los abuelos alegorizan a los poderosos que niegan la violencia; Julia y las empleadas domésticas, a las víctimas que cobran agencia y se afirman en la heterogeneidad sociocultural; Alejandro, Matilde y Javier a los grupos marginados, y las hermanas, a una nueva generación que reconstruye la identidad nacional. En este análisis, demostraré que la novela polemiza la participación de determinados grupos sociales en la comunidad nacional mediante la incorporación o exclusión de los personajes a la familia.

En el tercer capítulo plantearé que la novela lleva a cabo una representación alegórica del proceso de reconciliación nacional en el Perú. Argumentaré que las hermanas, en su trabajo por conocer el pasado familiar, alegorizan la labor de la CVR y construyen una memoria familiar que alegoriza la memoria colectiva de reconciliación. Desarrollaré cómo se representa el debate peruano entre la memoria salvadora y la memoria de reconciliación a partir de los antagonismos entre las interpretaciones del

pasado familiar de los abuelos y las hermanas. Finalmente, propondré que la novela representa las dificultades de la reconciliación en el Perú mediante la complejidad de los vínculos familiares establecidos por las protagonistas al final de la novela.

Teniendo en cuenta lo desarrollado hasta ahora, en las siguientes páginas argumentaré que *La voluntad del molle*, mediante la familia que protagoniza la novela, construye una representación realista y crítica a la familia de clase alta peruana, así como una alegoría nacional de la heterogeneidad sociocultural peruana y del proceso de memoria y reconciliación tras el Conflicto Armado Interno.



Capítulo 1: La familia en el baúl: la crisis de la familia peruana

En este capítulo, me enfocaré en analizar las transformaciones de la familia representada en la novela alrededor de su secreto, sin abordar todavía su carácter alegórico. Es decir, en este capítulo profundizo en la representación realista de la familia en la novela, teniendo en cuenta los roles desempeñados por sus miembros y los discursos que emiten. Para ello, el capítulo se divide en tres partes. Primero, propongo un acercamiento a las pretensiones sociales de los personajes de los abuelos (cabezas de familia) y los discursos que emiten para mantener el secreto familiar como la manera en la que la novela construye la representación crítica de la familia de clase alta peruana. Segundo, abordo cómo la novela deconstruye esta imagen a través de la revelación del secreto familiar llevada a cabo por las protagonistas. Tercero, desarrollo cómo la novela plantea vínculos alternativos a los de la familia tradicional mediante la incorporación de nuevos integrantes a la familia, pero que se mantienen en una posición de subalternidad ante las hermanas. En síntesis, propongo que la novela lleva a cabo, en un primer nivel, una representación realista y crítica de la familia peruana como institución clave en la construcción de la identidad de los ciudadanos, y que perpetúa de la desigualdad social y la violencia.

1.1. La familia “modélica”

En esta sección, desarrollaré cómo *La voluntad del molle* presenta un modelo realista de la familia tradicional peruana de clase alta a través de la imagen que los personajes construyen desde su identidad familiar. Propongo que la representación crítica de la familia de clase alta en la novela se desarrolla a través del motivo del secreto familiar guardado por los personajes de los abuelos de las hermanas protagonistas. El secreto resulta clave en la formación de la identidad familiar de los personajes en la medida que construye la imagen de una superioridad artificial de la familia criolla de clase alta. Esta imagen sostiene y oculta una serie de valores conservadores que reproducen la violencia y desigualdad propias del país. Entonces, considero que la novela lleva a cabo una representación crítica de la artificialidad de la imagen y de los valores de las familias de clase alta mediante el empleo del motivo del secreto familiar.

Mi interés por analizar la familia radica en el hecho que la novela representa una familia cusqueña que se desenvuelve en un espacio independiente de la influencia de otras instituciones sociales. Es decir, la única institución que aparece con agencia en la novela es la familia peruana de clase alta. En este sentido, no se representa a ningún otro

organismo de poder, ni siquiera la Iglesia, y el Estado no participa en la novela. A esto se le añade la casi nula mención de los apellidos familiares, de modo que estos personajes pueden representar a cualquier familia peruana de clase alta⁵. Por todo esto, considero que el énfasis de la novela en la familia habilita en el lector una mirada crítica de la institución familiar.

La novela propone que la imagen de superioridad propia de las familias criollas de clase alta es artificial en tanto se construye discursivamente. Esto se representa mediante los discursos emitidos por los personajes para guardar el secreto familiar, tanto dentro como fuera de la familia. Así, la imagen de familia respetable presentada ante la sociedad y las hermanas se construye a través de apariencias fingidas que tenían como objetivo ocultar el pasado de Elena-madre: su amorío con Alejandro Ramírez (de origen mestizo) y el hijo que ambos tuvieron. La discursividad de las apariencias se evidencia en los silencios y mentiras de los abuelos sobre la vida de Elena-madre. Un ejemplo de ello es la escena en la que se narra la actitud que asumieron cuando ella se escapó con su amante: “los abuelos decidieron disimular su desaparición, y si alguien les preguntaba, señalaban que la habían enviado a Lima para que se preparase para ingresar a Derecho en alguna de las universidades capitalinas” (Pacheco 71). En este pasaje, las afirmaciones falsas de los abuelos evidencian la intención de mantener una imagen de familia ejemplar al ocultar la desobediencia de su hija. La mentira de los estudios en Lima permite identificar que estos personajes emiten un discurso que construye a los integrantes de la familia como modelos de conducta para mantener una identidad familiar de superioridad.

Para profundizar en el rol del discurso en la construcción de la identidad familiar, retomo la definición de Roger Fowles. Según este autor, el discurso es una declaración hablada o escrita vista desde el punto de vista de las creencias, valores y categorías que encarna; estas creencias, valores y categorías constituyen una manera de ver el mundo, es decir, una ideología (citado en Mills 5, mi traducción). Desde esta perspectiva, los discursos de los personajes se originan a partir de las ideologías presentes en la formación de la imagen social de la familia peruana de clase alta, y las reproducen. Dentro de la representación realista llevada a cabo por la novela, la ideología de los personajes de los abuelos es asociable a la perteneciente a las familias de clase alta. Esta ideología se

⁵ En el caso de los personajes pertenecientes a la familia protagonista, los apellidos no se emplean como un recurso de identificación colectiva. Los únicos apellidos que se revelan son los de la madre de las protagonistas, casi al final de la novela. La protagonista/narradora y su madre comparten nombre, y solo se revelan los apellidos de la segunda: Suárez Aragón. Para evitar confusiones entre ellas, me referiré a la protagonista como “Elena” y, a la madre, “Elena-madre”.

representa en la novela a través de las siguientes categorías: la filiación, el deber matrimonial y la herencia colonial.

A partir de la categoría de filiación, la novela propone a la familia como el espacio en el que los personajes construyen su identidad, y en el que la expresan al interactuar con sus miembros. Siguiendo la representación de la familia tradicional, el elemento que dota de identidad a sus miembros es la filiación, es decir, la relación construida generacionalmente con los familiares a partir de sus vínculos genéticos y afectivos. La centralidad de la filiación en las familias peruanas se expresa en las afirmaciones de las hermanas que reconocen que su identidad es indesligable a su vínculo con su abuela. Así, Elisa admite: “A pesar de todo, soy nieta de Mamá Gema” (Pacheco 53), y Elena reconoce que “tal como mi abuela Gema repetía, yo también era de su sangre, fuerte” (Pacheco 106). A través de estas afirmaciones, las hermanas se reconocen como similares a su abuela y demuestran una identidad consolidada a partir de sus vínculos de sangre. Esta manera de construir la identidad desde la familia se explica en la medida que “la filiación es sobre todo un nombre, una palabra que se relaciona con otra (hijo de, hermano de), un indicio que no ubica exactamente a la persona en el ser ni en el hacer, pero que remite a una sucesión y a una coexistencia” (Ludmer 14). Es decir, la filiación es una identidad que se construye genealógicamente en relación con los antepasados, aspecto que se percibe en las afirmaciones de las hermanas. Así, la novela representa la centralidad de la filiación en la construcción de las identidades familiares peruanas.

La novela, a través del énfasis en la filiación de la familia, demuestra el afán de las familias acomodadas peruanas de perpetuar su imagen de superioridad moral. En este sentido, el mandato de unión familiar propio de la filiación es representado en la novela como la manera en la que las familias de clase alta ocultan la violencia que ejercen para mantener una imagen social de estabilidad. Es decir, la represión de las violencias ocurridas dentro de la familia se representa como el medio empleado por las familias de clase alta para evitar el escándalo social que provocaría una separación entre sus integrantes. Esta preocupación por el “qué dirán” es representada a través del personaje de la abuela Gema, como reconoce Elena en la siguiente reflexión: “para mi abuela la unidad de la familia era algo inquebrantable. Con sus arrobados mimos hacia sus hijos y nietos conseguía ejercer una atracción profunda en cada uno de nosotros” (Pacheco 91). En el pasaje citado, se describen las muestras de afecto como un medio de manipulación para garantizar la unidad familiar. Así, los gestos interesados de la abuela desnaturalizan los afectos familiares para evidenciar su intención de reprimir la violencia ejercida. De

esta manera, la novela representa los mecanismos de represión dentro de las familias de clase alta para mantener su imagen social de estabilidad.

Asimismo, la novela desarrolla su crítica a los valores tradicionales de la clase alta peruana a través del racismo reproducido dentro de la familia protagonista. Los personajes de los abuelos representan la ideología racista y clasista de su sector social, según la cual los miembros de la clase alta se consideran “gente ‘decente’” mientras que los indígenas consistían “‘razas’ inferiores y despreciables” que amenazaban sus intereses, creencias y estilos de vida (Cotler 13). La ideología racista representada en la novela mediante los abuelos parte de la herencia colonial, que implica la asunción de “un rígido patrón histórico de dominación oligárquico y colonial que, por tal razón, desconocía los derechos ciudadanos de la mayoría de la población constituida por humillados y ofendidos campesinos-indígenas” (Cotler 12). Es decir, la identidad de la familia protagonista se caracteriza por la reproducción de la discriminación a los indígenas propia del periodo colonial. Entonces, la novela representa cómo los valores del orden colonial son heredados por las familias peruanas de clase alta y provocan en ellas una pretensión de seguir y reproducir generacionalmente este modelo de jerarquía social.

Una de las principales expresiones de estas pretensiones es el racismo presente en las interacciones dentro de la familia. Esto se manifiesta en el trato preferencial de los abuelos a sus nietos de rasgos criollos (Carlos y Elisa) en oposición al menosprecio de los nietos con rasgos indígenas y afrodescendientes. La ideología racista detrás de esta actitud es reconocida por Elena en el siguiente pasaje: “fue solo cuando entré en la universidad y empecé a estudiar el racismo en el Perú, que comencé a aceptar que la predilección de mis abuelos por Carlos y mi hermana estaba relacionada con este fenómeno” (Pacheco 39). En esta cita, la narradora admite que el trato diferenciado a los nietos se naturalizó dentro de la familia sin reconocer la violencia racista detrás. Este reconocimiento tardío del racismo demuestra cómo la desigualdad social se reproduce de manera casi inconsciente dentro de las familias de clase alta. El trato desigual a los nietos por su color de piel evidencia la influencia de los patrones coloniales de discriminación en las dinámicas de las familias peruanas. De esta forma, la novela da cuenta de que el racismo en el Perú es un fenómeno que no ocurre únicamente entre interacciones sociales en el ámbito público, sino que se reproduce dentro de la institución familiar y que se constituye como uno de los ejes articuladores de las dinámicas familiares.

La novela profundiza en la crítica a esta perspectiva ideológica desde las actitudes de rechazo por parte de los miembros de la familia hacia los personajes racializados. Las

pocas interacciones entre los abuelos y personajes indígenas representan cómo, para la clase alta, las únicas relaciones válidas con estos grupos étnicos son las de dominación, como lo demuestran los maltratos de Gema a las trabajadoras del hogar indígenas. Ejemplo de ello son los insultos de “chola torpe o india inútil” emitidos por ella hacia las “empleadas venidas del campo, cada vez que alguna cumplía mal con alguna de sus órdenes y manías” (Pacheco 99). Las palabras que emite la abuela dan cuenta de una superioridad asumida frente a sus empleadas campesinas desde un punto de vista étnico. La novela, mediante la violencia presente en estos insultos, da cuenta de la discriminación contra los indígenas peruanos reproducida de modo discursivo y a nivel social desde de los espacios familiares.

Mediante el racismo de la familia, la novela presenta una mirada crítica a cómo las supuesta superioridad racial es asumida como parte de la identidad de los miembros de la clase alta peruana, y a cómo esta identidad se perpetúa a nivel familiar. Además de reproducir ideologías, los discursos estructuran la visión de realidad y la noción de la propia identidad (Mills 13, mi traducción). Esto se ve al inicio de la novela en tanto, al estar expuestas desde su nacimiento a la simulación y a los discursos de sus abuelos, Elena y Elisa “tienden a suscribirse a los hábitos familiares [...] y las costumbres locales que posicionan a la población indígena del país fuera de los márgenes sociales” (Celis-Castillo 92). El racismo heredado casi de manera inconsciente por ellas se evidencia en su primera reacción ante las fotos de Javier y Alejandro cuando aún desconocían el pasado familiar. Al describirlos como morenos (Pacheco 20, 21) y nombrarlos como “aquel hombre”, “aquel chico”, “ese mocoso” (Pacheco 22), Elena y Elisa establecen una distancia frente a estos personajes, habiéndose guiado únicamente de su aspecto. A través de la actitud de ambas, la novela refleja la manera en la que el racismo se reproduce dentro de las familias de clase alta como parte constitutiva de su identidad.

La novela también desarrolla la representación crítica de la familia de clase alta a partir de las alusiones a su rol en la perpetuación de los roles de género tradicionales (y, en consecuencia, de la violencia patriarcal) desde la exigencia del matrimonio. La novela da cuenta de que las familias de clase alta construyen su imagen de superioridad y unidad a través de la consolidación de matrimonios dentro de su grupo social. Es decir, la novela denuncia la instrumentalización del matrimonio por parte de las familias de clase alta. Esto se percibe en la novela a través de las exigencias de Gema hacia Elena-madre, su hija, al momento de consentir su unión con una pareja y el rechazo a su noviazgo con Alejandro. Prueba de ello es la siguiente revelación de Julia, la mejor amiga de Elena-

madre, a las hermanas: “lo primero que la abuela de ustedes hacía cada vez que Elenita tenía algún pretendiente era averiguar sus orígenes. No importaba si era un vago, un tarado o un mujeriego, si era de una «buena» familia rica, le daba sus bendiciones. Ese no era el caso de Alejandro” (Pacheco 64-65). En este pasaje, se describe el interés de Gema por casar a su hija con un joven de familia respetada para mantener la imagen social de su familia. El desinterés por la conducta del pretendiente da cuenta de la centralidad del estatus en la construcción de la identidad de las clases altas, aspecto que profundiza la representación crítica de la novela.

Así, la novela representa el discurso patriarcal, que establece como principal fin de la mujer en la sociedad el matrimonio heterosexual y la maternidad (Rich s/p), como constitutivo de la identidad de la familia de clase alta y critica su reproducción en este ámbito. La familia de la novela se presenta como una institución con un marcado carácter patriarcal. Así, un segundo aspecto heredado de la colonia por la familia consiste en el hecho de que “los lazos que unían a las personas y que organizaban el mundo social se basaban en el código de honor, un código no escrito que estipulaba que la exposición femenina pública vulneraba el prestigio del grupo familiar, del clan al que pertenecía, ya fuese por nacimiento o por matrimonio (Pitt Rivers y Peristiany citados en Mannarelli 55). A partir de la idea del honor, se percibe que las presiones de la abuela hacia Elena-madre son una representación del machismo colonial reproducido dentro de los vínculos familiares. Así, la novela pretende criticar el rol impuesto a la mujer a como portadora de la reputación familiar a través de la pretensión de Gema de ocultar el primer embarazo de su hija. Mediante las exigencias de pureza y ocultamiento de la conducta sexual premarital, el deber femenino del matrimonio es representado en la novela como un medio por el que la clase alta mantiene una imagen de superioridad y perpetúa la violencia contra la mujer.

En este subcapítulo, he analizado cómo la novela representa la violencia reproducida a nivel familiar en el Perú a través de las dinámicas de interacción de los personajes pertenecientes a la familia de clase alta. Para ello, he analizado los discursos y roles desempeñados por los personajes para mantener oculto el pasado violento y construir una imagen de superioridad. Los personajes de los abuelos, al emitir discursos conservadores, permiten crear distancia crítica en el lector respecto al rol de la familia en la perpetuación de la violencia racista y de género por parte de las clases altas peruanas. En este sentido, considero que el afán de mantener el secreto en la novela da cuenta del

impacto de los valores conservadores en la institución familiar y de cómo estos se reproducen para perpetuar la violencia.

1.2. La crisis de la identidad familiar

En este subcapítulo, analizaré cómo el descubrimiento del secreto familiar supone el motor de la acción de la novela. A través de las protagonistas, la novela lleva a cabo un proceso de desmitificación de la imagen de estabilidad propia de la familia tradicional peruana. De esta manera, la novela denuncia la violencia perpetrada por la institución familiar y apela a la búsqueda de nuevas alternativas de vínculos.

En su representación de las dinámicas familiares, la novela plantea el duelo como un proceso complejo de transición que habilita la búsqueda de la identidad personal y, en consecuencia, de la identidad familiar. Así, el descubrimiento del secreto familiar se lleva a cabo narrativamente en el marco del proceso de duelo materno de las hermanas. Para abordar el rol del duelo en la novela, retomo la definición propuesta por Sigmund Freud. Según este autor, el duelo consiste en una reacción natural provocada por la pérdida de un ser querido que implica cambios notorios en la conducta cotidiana, tales como un profundo sentimiento de desazón, la reducción de la productividad y la pérdida del interés por “todo lo que no recuerde al muerto” (241-242). Es a raíz de este desinterés por lo ajeno a la persona fallecida que se genera la acción de las hermanas protagonistas de enfrentarse al recuerdo de la madre, pues ambas descuidan sus actividades cotidianas para recopilar mayor información sobre el pasado materno. Profundizando en la definición de Freud, el proceso de duelo implica un recorrido por el recuerdo del vínculo con el ser querido para finalmente reconocer que este “ya no existe más” y desatarse del apego pasado con el objetivo de continuar con la vida en el presente (252). Estas nociones del duelo se perciben en la novela ya que las hermanas, hacia el final de la obra, logran aceptar la pérdida al adoptar una nueva identidad familiar a raíz del secreto familiar revelado.

Entonces, las ideas de Freud permiten desarrollar cómo el duelo de las hermanas, caracterizado por el recuerdo de la madre mediante la lectura de sus cartas, desencadena la revelación del secreto de la familia y, en consecuencia, el cuestionamiento de la identidad familiar. En este sentido, la novela enmarca su representación crítica de la institución familiar peruana (y, por consiguiente, de la sociedad peruana) a través de la narración del proceso de duelo de sus protagonistas. El rol del duelo familiar será profundizado desde la perspectiva de la memoria en el tercer capítulo.

Al revelar al lector la violencia reprimida por la familia mediante el proceso de duelo de las hermanas, la novela realiza un llamado a profundizar en los cuestionamientos de la desigualdad propia de los espacios familiares mencionados en la sección anterior. Esto se evidencia en la medida que las protagonistas asumen el deber de responder a la verdad del pasado familiar para desvelar y entender esa nueva faceta de su historia porque afecta quiénes son en el presente (Thompson 226, mi traducción). De este modo, la obra plantea que la identidad familiar debe construirse a partir del cuestionamiento de la violencia reproducida en su espacio.

A través de las revelaciones de las hermanas, la novela critica el ocultamiento de la violencia perpetrada a nivel familiar y desmiente la imagen de familia ideal. El descubrimiento de nuevas facetas de los parientes de las hermanas en la novela es representativo de la complejidad de las identidades de las personas y que no se suele revelar ante miembros de la familia. Esta idea se percibe en la siguiente reflexión de Elena, realizada cuando descubre que su madre ayudó a Matis, la sobrina de Alejandro, con donaciones de ropa y útiles escolares:

Así como antes de la apertura de aquel baúl rojo había creído que la vida de mi madre estuvo concentrada en mi hermana, en mí y en su marido, cuando empecé a indagar en su vida secreta, había pensado que toda ella se limitaría al hijo que tuvo con Alejandro, a su relación con su amante. En ese momento estaba descubriendo que había tenido una existencia mucho más compleja y mucho más generosa de la que yo llegué a percibir. Era una vida diferente que estaba abriendo puertas a amplias avenidas desconocidas hasta entonces en mi propia vida (Pacheco 179).

En este pasaje, las afirmaciones de la narradora describen la profundización en la complejidad del personaje de la madre. En este caso, la novela plantea un cuestionamiento de los roles de género perpetuados a nivel familiar, dado que demuestra que la identidad de la mujer no puede reducirse únicamente a su faceta como madre. Además, mediante el descubrimiento de la complejidad de Elena-madre más allá de su faceta maternal y las relaciones que entabló con las personas excluidas por los abuelos, la obra evidencia cómo los miembros de una familia poseen una personalidad más compleja de la que aparentan dentro del espacio privado.

Asimismo, la novela se sirve de la revelación de la situación familiar de Javier, radicalmente opuesta a la de Elena y Elisa, para dar cuenta de la otra cara del rol de la familia en la formación de la identidad. En oposición a la comodidad vivida por sus hermanas, la novela describe la precariedad y discriminación que marcaron la vida de este personaje despojado del vínculo filial. La exclusión de Javier del núcleo familiar biológico y su crianza violenta en una familia adoptiva de extrema pobreza suponen una

nueva evidencia de la falsedad de las apariencias sociales pretendidas por la familia protagonista.

Mediante la revelación de las identidades ocultas de los personajes miembros de la familia, la novela desmiente la imagen de estabilidad de la institución familiar promovida por las familias de clase alta. El descubrimiento del pasado de la madre y de la existencia del hermano ilegítimo provoca un cuestionamiento de la identidad por parte de las hermanas y desencadena una crisis familiar. Entonces, la novela propone una representación de la familia latinoamericana afín a la descrita por Saona en el caso de la novela *El obscuro pájaro de la noche* de José Donoso, pues “la impecable estructura del árbol genealógico se revela falseada a través de las distintas versiones de la historia que múltiples voces narrativas van componiendo a lo largo del relato [...]. Tras el árbol genealógico puro se muestran historias de explotación de las clases dominadas que lo sustentan” (82-83). El descubrimiento del secreto revela el papel de la familia en la perpetuación de la desigualdad social peruana: las violencias se reproducen a partir de las manifestaciones de las diferencias de clase y de la ilegitimidad de los hijos rechazados por su etnicidad.

A través de la crisis de identidad de la protagonista, la novela cuestiona los modelos arquetípicos de los miembros de la familia y pone en evidencia las imperfecciones de la institución familiar. Esta crisis se lleva a cabo mediante la renovación de las identidades de las hermanas y la puesta en cuestión de un conflicto generacional: ambas, reivindicando lo que Elena-madre mantuvo oculto, asumen una nueva identidad como hermanas de Javier y se separan discursivamente de sus abuelos, aunque deciden no contarles que se han enterado del secreto para no afectar su salud. El descubrimiento de la violencia detrás de la imagen familiar perfecta implica, tanto para las hermanas como para el lector, tomar conciencia del rol que la familia desempeña como institución reproductora de desigualdades sociales. Esto se percibe en la reflexión de Elena sobre sus parientes, quienes se revelan como personajes cargados de complejidad a pesar de su apariencia de seres prácticamente unidimensionales:

Me había pasado los treinta años de mi vida creyendo que nuestra historia familiar era como la de cualquier otra, carente de grandes secretos. En apariencia, lo seguía siendo. Y, sin embargo, me estaba dando cuenta de que [...] en mi familia jamás hubo un papá y una mamá que se llevaran estupendamente, unos abuelos solamente amorosos ni unas hijas con planes definidos y grandes proyectos. Cada uno tenía dobles, triples vidas escondidas. ¿Cuál escondía a cuál? ¿Cuál era la verdadera? Quizás todas y ninguna, sino el conjunto de partes, retroalimentándose unas a otras (Pacheco 216).

En este pasaje, la novela presenta al lector el cuestionamiento de la identidad familiar desde la narración en primera persona de Elena. Esta perspectiva permite un acercamiento al impacto afectivo que implica la deconstrucción de la imagen familiar. Del mismo modo, las preguntas que la protagonista se hace sobre las vidas escondidas de sus familiares invitan al lector a cuestionar el supuesto carácter unidimensional de los roles de los miembros de familia. Así, el recuerdo de la familia estable se destroza para dar paso al reconocimiento del rol de cada miembro en la perpetuación de la violencia.

La novela enfoca esta crisis a través de la protagonista para intensificar el cuestionamiento de los vínculos familiares. Otro modo de desnaturalizar estos vínculos supone la mención del innegable parecido físico de Elena con Javier y Alejandro: los tres comparten los rasgos indígenas y el color de piel que no forman parte de las características de Elena-madre y de su esposo. Entonces, surge para el lector la pregunta sobre si realmente es hija del hombre que la ha criado, hecho que desnaturaliza aún más la aparente unión familiar. El cuestionamiento de los verdaderos parientes de la protagonista intensifica la propia crisis identitaria y familiar ante el lector. La imagen de la familia ideal queda desplazada para dar paso a la realidad cargada de crudeza y violencia, como se señala en el siguiente pasaje:

la verdad, nuestra verdad, había roto las compuertas el día en que abrimos ese baúl, incluso antes, el día mismo en que mamá decidió no destruirlo [...]. Podía ver cómo nosotras, mis padres, mis abuelos, la gente a la que yo más había querido hasta ese día, se veían arrastrados, sumergidos, despedazados. Ciertamente, ni mi madre ni mi padre habían sobrevivido. A mis abuelos empecé a considerarlos muertos. Mi hermana, mi Elisacha, ¿sobreviviría? Yo misma, ¿sobreviviría? (Pacheco 146).

En la reflexión citada, la protagonista expresa la sensación de quiebre de los vínculos e identidades familiares que había asumido como verdaderos desde su crianza. Al profundizar en la afectividad de este personaje y sus sentimientos ante el descubrimiento del pasado violento, la novela pretende impactar al lector y así dar cuenta de la magnitud de la violencia reproducida y oculta a nivel de la familia peruana como institución.

En esta sección, he analizado cómo la muerte de la madre de las hermanas desemboca en una crisis de la identidad familiar. A través de la revelación del secreto, la novela pone en evidencia la gravedad de la violencia dentro de los vínculos familiares y la complejidad de las identidades de sus miembros. Al quebrarse la imagen de la unión familiar, se propone el reconocimiento y cuestionamiento del papel de la institución familiar en la perpetuación de la desigualdad.

1.3. Los nuevos integrantes de una familia desmantelada

En esta sección, desarrollaré cómo la novela propone vínculos alternativos a la filiación a través de los personajes de Javier, Elena y Elisa. Por su parte, Javier representa la posibilidad de la afiliación política como alternativa al vínculo familiar. Por otro lado, el vínculo que las hermanas establecen con los personajes de Matilde, Matis y Alejandro dan cuenta de la posibilidad de construir una identidad familiar a través de nexos afectivos que impliquen el reconocimiento simbólico de nuevos miembros de la familia. Sin embargo, considero que novela no concluye esta formación de nuevos vínculos familiares por el mantenimiento de la violencia ejercida por los abuelos. Ante ello, interpreto que la novela sugiere que la formación de la identidad familiar es un proceso complejo e inacabable.

En oposición a la filiación establecida como base de la identidad de la familia protagonista, la novela representa la posibilidad de la afiliación a través del personaje de Javier. Mediante el rechazo a su familia y el registro en Sendero Luminoso con Maruja, su hermana adoptiva, la novela construye una alternativa a los vínculos de filiación familiar: la afiliación⁶. Como señala Edward Said, tras el rechazo de los lazos familiares, la afiliación a un grupo social supone el intento de “crear nuevas formas de relacionarse con otros a través de intereses y aspiraciones comunes” (citado en Saona 22). Entonces, en la novela, Javier representa una alternativa a la familia tradicional, pero que fracasa igualmente en la medida que la vinculación con el grupo terrorista desemboca en su arresto y asesinato.

Tras la crisis de la familia tradicional y el desmantelamiento del árbol genealógico, la novela propone un vínculo afectivo alternativo al de la filiación en la medida que las hermanas construyen nuevas uniones familiares incluyendo a quienes fueron rechazados por sus antepasados. Así, un segundo vínculo alternativo al de la filiación representado en la novela es el establecido por las hermanas con Matilde y Matis (la abuela y la prima de Javier, respectivamente) a partir del recuerdo de Elena-madre. La conexión afectiva que la protagonista entabla con Matilde se percibe en el siguiente pasaje:

Ella me acariciaba la cabeza. (...) Sentir las manos de esa anciana sobre mis cabellos me dibujaba el rostro nítido de mi madre, podía sentir que ella nos miraba, aliviando la pesada carga de secretos que había arrastrado sola, durante tantos años. Podría sentirse feliz de que

⁶ Gustavo Faverón identifica una tendencia dentro de la literatura peruana sobre el Conflicto Armado Interno de problematizar la filiación mediante la representación de la afiliación senderista, que “implica necesariamente la clausura de la filiación natural” (17). El personaje de Javier puede leerse como un ejemplo de estas representaciones literarias del periodo de violencia.

yo, su hija Elena, su Nena, la que llevaba su mismo nombre, no hubiera rechazado a aquella mujer, la misma a la que tanta gente en mi familia había despreciado (Pacheco 179).

Este pasaje describe el cariño expresado entre Matilde y Elena como un medio en el que la protagonista se distancia de la violencia ejercida por su abuela. Mediante la descripción de las caricias de Matilde a Elena, la novela propone una muestra de afecto que se opone a la instrumentalizada por el personaje de Gema. De esta manera, la novela propone la genuinidad de estos nuevos vínculos afectivos para profundizar en su desnaturalización de la filiación.

Entonces, la novela demuestra cómo la formación de nuevos vínculos afectivos implica un cuestionamiento de la propia agencia en la perpetuación de la violencia familiar. Esta idea es representada a través de la escena en que Elena le cuenta a su hermana lo averiguado sobre Javier y ambas toman conciencia de los prejuicios racistas que habían internalizado, como afirma la protagonista a modo de reproche: “¿Y sabes, Elisa?, ¿sabes? Si tú y yo nos hubiéramos cruzado con él por la calle, lo hubiéramos despreciado, a lo sumo lo hubiéramos tratado como a un empleado. Probablemente nunca hubiéramos sido sus amigas” (Pacheco 200). Mediante estas palabras, las hermanas se cuestionan su propia “responsabilidad en la perpetuación de la racista y desigual estructura social del Perú, por ende, su pasiva complicidad ante los sufrimientos de las poblaciones indígenas” (Celis-Castillo 91). La novela propone este reconocimiento del pasado como el origen de los nuevos vínculos afectivos.

Sin embargo, la novela no plantea estos vínculos alternativos como una solución de la reproducción de la violencia a nivel familiar, sino que los emplea para demostrar cómo las desigualdades se perpetúan. A pesar de los esfuerzos de las hermanas por establecer nexos familiares, las relaciones de poder no desaparecen del todo: hacia el final de la obra, los personajes discriminados permanecen en una posición desfasada frente a la familia de ambas. Mediante la situación de estos personajes, la novela da cuenta del carácter cíclico de la violencia transmitida de padres a hijos y sufrida sucesivamente por generaciones.

Dado que Matilde y Matis se encuentran alejadas de las hermanas y no poseen los recursos para poder visitarlas, Elena y Elisa son las únicas que pueden acercarse a ellas, y esto ocurre en la novela solo una vez. La distancia que las hermanas mantienen con dichos personajes, a pesar de incorporarlos a su familia, se manifiesta en las marcadas diferencias de clase, etnia y percepción del mundo entre ellos. Elena se da cuenta de ello al reflexionar sobre el trato recibido por Matis cuando visitó a Matilde por primera vez:

Durante todo el día había sido sumamente solícita conmigo, demostrándome una relación de sumisión, sí, de reverencia. Después de todo, quién era yo frente a ella. Yo era una mujer que vivía bastante bien en la ciudad, hija de una señora tan amable, linda y dadivosa como mi madre, con tiempo libre como para pasarme días enteros indagando en el pasado de mi familia. Me había acercado a ellas no porque me interesara un ápice sus vidas, sino porque parte de ellas tenía algo que ver con las angustias que habitaban la mía. [...] Tantas cosas tenía, tan libre era yo. Matis había crecido de prestado, vivía de prestado y su hijo nacería también de prestado. Había sido tan solícita conmigo aquel día... Pero en ese momento de la noche, creo que su mirada era de lástima, de absoluta lástima: a mi falta de entendimiento, a mi pretensión de querer cambiar las historias que no me gustan, que me aterrorizan. (Pacheco 184-185).

Como indica el fragmento, la relación que Elena y Matis establecen se caracteriza por reproducir las dinámicas de poder propias de la herencia colonial. Al comparar a la protagonista, de clase alta y acomodada, con Matis, adolescente con una vida marcada por la precariedad, la novela establece la imposibilidad de un vínculo afectivo libre de violencia. Del mismo modo, el fragmento alude a una lástima mutua que acentúa la desconexión entre ambos personajes: Elena siente lástima por las condiciones materiales de Matis, mientras que ella siente lástima por la inocencia ingenua de la protagonista. Así, las diferencias entre las experiencias de vida y la violencia de estos personajes marcan una distancia social que, a pesar de su reconocimiento como familiares, no se puede solucionar.

Entonces, la novela demuestra cómo las violencias heredadas de la colonia son insalvables desde el interior de la familia mediante el fracaso de las hermanas por solucionar la desigualdad dentro de su familia. La novela, al no solucionar las ambigüedades dentro de las relaciones familiares, propone que la familia es un espacio de interacción complejo y escenario de conflictos que no siempre pueden resolverse. La falta de consolidación de la identidad familiar se manifiesta en la incapacidad de las hermanas de solucionar la subalternidad de los personajes víctimas de los abuelos y de obtener reparaciones por parte de los victimarios, que deriva en una serie de preguntas sobre la identidad de estos personajes que la novela no resuelve⁷.

La primera interrogante familiar irresuelta radica en el hecho de que, a lo largo de la novela, la voz de Javier no se oye, pues Elena y Elisa llegan a conocerlo a través del testimonio de otros personajes. Es decir, siempre se habla de él desde la perspectiva de un tercero. Así, la novela introduce la marginación de los indígenas en el Perú a partir del hecho de que Javier permanece en una posición de silenciamiento en la familia. Esto se

⁷ Para Rebecca Thompson, a la trama de la novela le hace falta una resolución (228, mi traducción). Ella aborda estas preguntas sin resolver para explicar esta ausencia de un cierre narrativo (229). Yo las retomo para analizar las interrogantes no solucionadas en el proceso de construcción de la identidad familiar.

debe a que la novela no le otorga una voz a Javier que le permita presentarse a sí mismo frente a sus hermanas⁸. La identidad de Javier no se representa desde su punto de vista, dado que Elena y Elisa no acceden a ningún documento escrito por su hermano ni nadie les revela alguna opinión que él haya emitido.

La novela desarrolla el silenciamiento de los indígenas marginados en la medida que las hermanas construyen la personalidad de Javier basándose en los aspectos desgraciados que vivió, contados por otros personajes. Prueba de ello es la reacción de Elisa al escuchar por parte de Elena los momentos trágicos de la vida de su hermano, comparándolos con la capacidad que ambas tienen de sonreír ante la adversidad: “estamos sonriendo, ¿ves? Nosotras hemos tenido una infancia tranquila, una vida en general agradable, por eso aún podemos reír. ¡Qué pena! No creo que Javier haya tenido ni siquiera eso...” (Pacheco 202). Al asumir que Javier no hubiera sido capaz de reír en su vida por las injusticias que sufrió, las hermanas interpretan la información adquirida sobre su hermano, sin escucharlo, para construirle una identidad de víctima trágica. Entonces, este pasaje demuestra cómo la voz silenciada de Javier es apropiada por las hermanas, unos “‘otros’ que aseguraban tener poder para representarlo” (Vich 17). Por ende, la inclusión de Javier en la familia por parte de Elena y Elisa es inconclusa: se le admite como hermano al mismo tiempo que se le adjudica una identidad no expresada. De esta manera, la novela representa la discriminación a los grupos indígenas peruanos reproducida a nivel familiar.

De manera similar, la novela tampoco presenta la verdadera voz de Elena-madre, pues las afirmaciones de este personaje, recuperadas por la narradora, estaban mediadas por la intención de ocultar su pasado. Para las hermanas y el lector, el acceso al verdadero pasado materno ocurre a partir de la información dada por otros personajes. La novela presenta el personaje a través de cartas escritas por un personaje masculino, Alejandro: su voz revela los secretos del pasado; mientras que la voz de Elena-madre permanece oculta, filtrada por la visión masculina o por los relatos orales de sus familiares (Thompson 226-227, mi traducción). Por ende, la madre es sostenida en una posición relegada frente a su familia, y sus hijas se vuelven incapaces de reivindicarla ante la violencia que sufrió en vida. De esta manera, la novela expresa la constante marginación de las mujeres en el espacio familiar.

⁸ En el siguiente capítulo, desarrollaré el aspecto alegórico de esta posición marginal de Javier en la familia.

Asimismo, la pregunta por el verdadero padre de Elena tampoco obtiene una respuesta, a pesar de la similitud física con Alejandro y Javier y de que las fechas de su nacimiento coincidan con un encuentro entre su madre y Alejandro. Como ella admite, “desde la noche que abrimos ese dichoso baúl, la idea de que tal vez yo no fuera hija de mi padre me estaba carcomiendo. Hubiera dado lo que fuera con tal de que alguien me respondiera a esa pregunta” (Pacheco 78). Se trata de una cuestión clave en la identidad de Elena, pero que no termina de ser explorada. La falta de solución al conflicto interno de la protagonista demuestra la dificultad de establecer vínculos familiares en un contexto marcado por la violencia.

Finalmente, la complejidad de los vínculos familiares se manifiesta en la novela mediante la relación inalterada de las protagonistas con sus abuelos. Al mantener los nexos familiares de las hermanas con estos victimarios, la novela representa la imposibilidad de solucionar las desigualdades reproducidas en la familia. A pesar de que las hermanas se distancian emocionalmente de ellos y rechazan con ahínco sus acciones, su actuar ante ellos no cambia. De esta manera, la novela propone que “la conexión afectiva” presente en la familia “es demasiado compleja para terminar” súbitamente (Celis-Castillo 96). El vínculo familiar resulta difícil de disolver debido a la fuerza de la presencia de la abuela en la vida de Elena y Elisa. Así, la inacción de las hermanas demuestra cómo se reproduce el discurso de la importancia de la unidad familiar. La novela se sirve de la dificultad de las hermanas de disolver estos vínculos para dar cuenta de la complejidad de las relaciones formadas dentro de la familia.

Si bien el reconocimiento del racismo y clasismo de la familia puede leerse como un discurso pesimista en la novela, el valor de esta representación reside en los esfuerzos de las hermanas por reconstruir su historia familiar como un primer paso de la lucha contra la desigualdad dentro de las familias peruanas. Elena y Elisa aceptan a su familia con alegría, sin olvidar las heridas del pasado, pero dispuestas a enfocarse en su futuro, llevando con ellas parte de su historia (Thompson 229, mi traducción). El fracaso de la incorporación de los familiares excluidos da cuenta del carácter realista y crítico de la novela, dado que presenta las complejidades de los vínculos familiares en una sociedad marcada por las distancias sociales. La formación de nuevos vínculos familiares afectivos, aunque todavía en proceso, se propone en la novela como la alternativa a la violencia perpetrada por las familias conservadoras.

En esta sección, he desarrollado cómo la novela plantea alternativas a la institución de la familia tradicional a través de los vínculos no filiales establecidos por sus personajes.

Así, he propuesto que el personaje de Javier representa la posibilidad de la afiliación, mientras que las hermanas representan la creación de nuevos lazos afectivos familiares. No obstante, también he tenido en cuenta que la novela no plantea estas alternativas como solución a la violencia reproducida en la familia, dado que las desigualdades se mantienen en los nuevos vínculos establecidos por las hermanas. Ante ello, considero que la novela pretende demostrar el enraizamiento de la desigualdad en el país a través de relaciones afectivas que no pueden escapar de la violencia.

En este capítulo he analizado los diversos roles que los personajes desempeñan dentro del núcleo familiar en relación con el secreto familiar oculto por los abuelos y la madre, y revelado por las hermanas. Para profundizar en el análisis de estos roles, he tenido en cuenta los discursos conservadores de la abuela en comparación con aquellos que las hermanas construyen a partir de la revelación del secreto. La novela apela, a través de sus protagonistas, a un cuestionamiento crítico del papel de la institución familiar en la reproducción de desigualdades y violencias en el Perú, así como de los factores sociales que impulsan a las familias a seguir este rol. Considero necesario reconocer los esfuerzos de las hermanas para oponerse a las estructuras de poder. Los vínculos que ellas establecen con Alejandro, Javier, Matilde y Matis dan cuenta de su intención de formar una familia libre de desigualdades. Sin embargo, opino que la falta de una reconciliación final entre todos los personajes emparentados representa el rol de las diferencias de clase y raza en la construcción de la familia como institución social. En los siguientes capítulos, analizaré cómo las relaciones de poder dentro de esta familia constituyen una alegoría de la nación peruana y de su proceso de reconciliación.

Capítulo 2: La contradicciones de la familia-nación

En el presente capítulo, planteo interpretar *La voluntad del molle* como una novela que representa alegóricamente la nación peruana. Pretendo demostrar que, en la novela, el Perú es imaginado como una familia, para así simbolizar las complejidades y contradicciones presentes en la realidad nacional. Para ello, este capítulo posee cuatro secciones. En el primer subcapítulo busco analizar cómo se configura en la novela una alegoría nacional del Perú. En el segundo, propongo que los personajes que pretenden mantener oculto el secreto familiar alegorizan a los poderosos de la nación y la violencia que ejercen. En el tercero, desarrollo cómo la novela representa la heterogeneidad de la nación y los conflictos que posee desde los testimonios de los personajes consultados por las hermanas tras el descubrimiento del secreto. En el cuarto subcapítulo abordo cómo la novela polemiza la subalternidad de determinados grupos sociales a la comunidad nacional mediante los personajes excluidos de la familia. Entonces, en este capítulo pretendo demostrar que la novela desarrolla una alegoría de la identidad nacional peruana, en la medida que evidencia su constante proceso de cuestionamiento y reconstrucción a través de la historia de la familia protagonista.

2.1. *La voluntad del molle* como alegoría nacional

En este subcapítulo, me propongo demostrar que *La voluntad del molle* puede leerse como una alegoría nacional en tanto representa a diversos sujetos de la nación peruana a través de sus personajes. Teniendo en cuenta que la novela plantea la experiencia familiar, perteneciente al ámbito privado, como una realidad que se puede proyectar como representativa de la realidad nacional, perteneciente al ámbito público, considero que la obra de Pacheco imagina al Perú como una familia.

La voluntad del molle representa alegóricamente el Perú al abordar la realidad nacional desde la imagen de una familia ficticia. En esta representación, el motivo del secreto familiar es fundamental porque permite asociar la violencia oculta por los miembros de la familia con la violencia vivida en el país que el discurso oficial pretende disimular. Mediante el proceso de revelación del secreto llevado a cabo por la protagonista-narradora, la novela relaciona las vivencias de la familia con la realidad de violencia experimentada por los grupos marginalizados del país, especialmente los sujetos andinos. Como parte de este proceso, las reflexiones de la protagonista permiten,

en un primer momento, plantear la posibilidad de que la experiencia familiar privada pueda constituirse como parte de una vivencia colectiva:

Mientras el autobús ascendía por las faldas de Sacsayhuamán, la vista de las miles de casas que dejaba en la ciudad me empezó a oprimir. En cuántas de ellas habría baúles rojos que estarían aguardando el turno para ser abiertos y convulsionar la vida de sus ocupantes. En cuántas de ellas habitarían mujeres como mi madre soportando el peso del pasado, la angustia de unas paredes indiferentes, sus propios silencios (Pacheco 162).

El pasaje citado forma parte de las reflexiones que Elena realiza en su camino a Calca. La imagen del paisaje de las casas vistas desde lejos permite visualizar la crisis familiar, una vivencia privada dentro de las paredes de una casa, como parte de una experiencia que forma parte de toda una comunidad. El paisaje, como elemento geográfico, forma parte de la manera en la que la nación se construye y percibe. Al ubicar a la casa familiar dentro del paisaje desde la mirada de la protagonista, la novela sitúa a la familia protagónica en el espacio nacional y extrapola sus experiencias de violencia como pertenecientes a la totalidad de la nación peruana.

El entender la experiencia del secreto familiar como una experiencia colectiva da cuenta del carácter de alegoría nacional propio de *La voluntad del molle*. Así, en un segundo momento, el carácter colectivo presente en la experiencia de la familia protagonista puede plantearse como una representación de las complejidades de la sociedad peruana. Es decir, la novela trasciende la representación de las familias peruanas para abordar la realidad nacional, de modo que las relaciones de poder dentro de la familia representan la desigualdad y la violencia que se llevan a cabo dentro del espacio peruano. La novela, entonces, puede leerse como una “alegoría nacional”, es decir, como un modo de “relatar la historia individual y la experiencia individual [que] en el fondo no puede sino involucrar el entero y laborioso relato de la experiencia de la colectividad misma” (Jameson 193). La noción de alegoría nacional permite interpretar la vivencia familiar privada de las hermanas protagonistas como una representación de una realidad pública: la de la nación peruana.

Entonces, en la novela, la nación peruana es imaginada como una familia. Las relaciones complejas de integración y exclusión propias de la familia consisten en una representación alegórica de las relaciones de unidad y discriminación presentes en la realidad del país. Al narrar las violencias reprimidas de una familia, la novela logra que salgan a la luz las injusticias a nivel social, como se propone desde las siguientes reflexiones de Elena:

Empecé a preguntarme cuántos parientes consanguíneos habían sido desaparecidos, cuántos más habrían vivido existencias bajo las sombras. Que esto ocurriera en la familia modélica que creí haber tenido, me traducía que en la misma ciudad donde había pasado gran parte de mi vida, en el mismo entorno de amigos más cercanos, desde tiempos remotos se emplazaban dos mundos, el de los visibles y el de los invisibilizados (Pacheco 216).

En este pasaje, Elena desplaza el secreto de su familia a una realidad nacional que se mantiene oculta por los discursos oficiales: la discriminación. La mención de los familiares ocultos y del “mundo de los visibles” y “el mundo de los invisibilizados” permite reconocer que la novela representa las desigualdades del país a través de las dinámicas de los personajes pertenecientes a la familia y aquellos excluidos de la misma. Si bien la novela plantea de manera realista el vínculo entre lo individual y lo social, la reflexión de la protagonista revela a su vez el carácter alegórico de la novela. Por un lado, la aparente ejemplaridad de la familia alude a la imagen de unidad que la nación peruana proyecta de sí misma. Por otro lado, el descubrimiento de las desigualdades ocultas por la familia pone en evidencia el afán del discurso oficial por reprimir las violencias perpetradas en el espacio nacional.

Al representar a la nación como una familia, la novela da cuenta del carácter imaginario de la comunidad peruana. La novela permite entender a la nación como una “comunidad imaginada”, concepto acuñado por Benedict Anderson para explicar la imagen de unidad nacional. Según Anderson, la nación “se imagina como comunidad porque, independientemente de la desigualdad y la explotación que en efecto puedan prevalecer en cada caso, [...] se concibe siempre como un compañerismo profundo, horizontal” (21). Siguiendo esta idea, en el Perú existe un discurso hegemónico y oficial, difundido por el Estado, que reprime la violencia y desigualdad para pregonar una unidad nacional bajo la identidad colectiva de “peruanos”. En la novela, esto se representa a partir del afán de mantener unida a la familia bajo la identidad de la filiación, del ocultamiento del pasado violento y de la exclusión de determinados parientes.

Entonces, *La voluntad del molle* propone una manera crítica de entender la sociedad peruana como comunidad imaginada desde la ficción. Al hacerlo, se inserta en una tradición de novelas latinoamericanas que imaginan la nación desde la narración de las experiencias de una familia. En este tipo de obras, las ideas de familia y nación sirven “como puntos de partida para entender cómo se configuran las sociedades latinoamericanas en el imaginario de su narrativa” (Saona 12). Ante ello, la novela de Pacheco responde a un contexto sociocultural en el que la nación peruana es descrita desde el discurso oficial. Sobre este contexto, Saona afirma que los estados

latinoamericanos producen “discursos hegemónicos en los que la familia es una parte constitutiva fundamental de la nación”, y cita como ejemplo a la constitución peruana, en la que se señala que el Estado es defensor de la familia, entendida como una institución fundamental para la sociedad (19). La novela responde ante esta realidad presentando una crítica a la familia tradicional y, en consecuencia, a la nación.

En esta alegoría del Perú, la novela representa a los diversos miembros de la nación y las relaciones de desigualdad entre ellos a través de los conflictos y discursos de los personajes. He organizado a los personajes de la novela en cuatro grupos según los elementos de la nación que alegorizan, y el análisis de estas representaciones alegóricas se desarrollará a profundidad en los subcapítulos siguientes.

Primero, los abuelos, mediante sus discursos conservadores y discriminadores, alegorizan las instancias del poder que apelan a una unidad entre ciudadanos, pero que disimulan la violencia en el país y perpetúan la desigualdad. Segundo, los personajes de Julia Solís y Florinda y Otilia (trabajadoras del hogar) alegorizan a las poblaciones racializadas que, a pesar de ser víctimas de violencia, critican a las instancias de poder. Tercero, Alejandro, Matilde y Javier alegorizan la exclusión subalternante de los pueblos indígenas de la comunidad nacional. Finalmente, ante las situaciones sociales alegorizadas por el resto de los personajes, Elena y Elisa alegorizan a las nuevas generaciones que buscan visitar su pasado para construir una nueva historia nacional que reconozca su heterogeneidad. Este aspecto será profundizado en el tercer capítulo desde la perspectiva de la memoria, donde propongo que las hermanas representan alegóricamente la labor de la CVR. A través de la investigación de las hermanas sobre el pasado familiar, la novela recopila los testimonios de múltiples personajes para construir una nueva identidad nacional, alegorizada mediante los nuevos vínculos familiares que las hermanas entablan. En esta labor, la novela emplea a su narradora, Elena, que puede leerse como una historiadora o representante de la CVR en la medida que recopila los testimonios sobre el pasado violento para construir una memoria familiar. Desde esta idea, se puede interpretar que, al narrar una nueva historia de su familia (distinta a la construida por los abuelos), Elena escribe alegóricamente la historia del país.

Antes de desarrollar el análisis de las alegorías propias de cada personaje, considero necesario esbozar las limitaciones de una alegoría nacional construida a partir de la imagen de una familia. Al tratarse de la abstracción de una intrincada realidad nacional mediante un grupo delimitado de personajes, se pierden muchas particularidades del amplio espacio nacional. Por ejemplo, la novela, a pesar de retratar la discriminación a

nivel peruano, no menciona la violencia contra las comunidades amazónicas (y no por ello su representación pierde mérito). En este sentido, los conflictos y relaciones de poder resultan ser más complejos de lo que se representa en la novela. Asimismo, la selección de la familia como medio de establecimiento de vínculos entre los personajes le impide a la novela desarrollar otras formas de unión social. Al centrarse en las relaciones de filiación y dejar de lado la afiliación, la novela vincula afectivamente a los miembros de una nación, aspecto que no forma parte de la totalidad de las relaciones entre ciudadanos.

En este subcapítulo, he planteado que *La voluntad del molle* puede leerse como una alegoría nacional que representa el discurso hegemónico sobre el Perú desde las vivencias de una familia. Para ello, he tenido en cuenta cómo la novela proyecta esta experiencia privada hacia el ámbito público, imaginando a la nación como una familia. Asimismo, he esbozado cuáles son los elementos del país alegorizados por cada grupo de personajes, para profundizar en dichas representaciones en las siguientes secciones.

2.2. El secreto de la nación

En esta sección, abordaré cómo la novela representa la apariencia de comunidad difundida por el discurso hegemónico para ocultar la violencia y las relaciones de poder en el país a través de los personajes que pretenden ocultar el pasado violento para mantener la imagen de unidad familiar. Así, los abuelos alegorizan a las figuras de autoridad en el país que son capaces de escribir la historia del país y proclaman una unidad nacional, pero que perpetúan la violencia y discriminación. Mediante estos personajes, la novela da cuenta del profundo racismo existente en la sociedad peruana y que se perpetúa a través de los discursos oficiales. Asimismo, a través de las reflexiones de la narradora sobre esta desigualdad, la novela propone una mirada crítica a las relaciones de poder en el país.

La visión hegemónica del Perú y de su historia, heredada de la colonia y difundida por las instancias de poder, se alegoriza en la novela a través de los personajes de los abuelos, especialmente el de Gema. Su afán por mantener oculta la violencia ejercida para garantizar la unidad familiar aluden a cómo la nación se peruana se imagina históricamente como una comunidad que no reconoce la importancia sus raíces indígenas. Gema se consolida como el personaje que establece la historia familiar mediante el ocultamiento de la violencia en la crianza de sus nietos. Al ser capaz de escribir la historia

familiar, este personaje representa la manera en la que los grupos de poder establecen la historia del Perú que se enseña como parte de la identidad nacional.

A través de esta capacidad de definir la identidad nacional y las expresiones racistas de estos personajes, la novela llama la atención sobre la manera en la que colonialidad configura las relaciones de poder en el país. Un ejemplo de este racismo es el recuerdo de la pelea que Elena-madre tuvo con ambos personajes sobre la manera en la que discriminaban a Julia, su nuera, por ser afrodescendiente:

—Papá, tú, mírate al espejo, ¿es que nunca vas a reconocer en ti rasgos indígenas? ¿Te has mirado alguna vez fijamente a los ojos? Porque dale que dale humillando a los que no encuentras blanquiñosos. ¡Qué vergüenza me da todo esto! [...]

La abuela Gema se había quedado lívida. Solo por unos segundos.

—A ti te debería dar vergüenza andar insultando a tu padre de esa manera —estalló, y a punto estuvo de levantarle la mano (Pacheco 40-41).

En este diálogo, los abuelos alegorizan la figura del criollo homogeneizante que niega la relación con lo indígena y afrodescendiente, y que asume como un insulto su asociación con dichas identidades raciales. Al considerar como insulto la palabra indígena, los abuelos se insertan en la lógica de la colonialidad del poder, en la que la distinción por raza alude a “una supuesta diferente estructura biológica” que clasificaba a los conquistadores en una situación natural de superioridad respecto a los conquistados (Quijano 202). Esta categorización tiene un carácter imaginado, es decir, artificial, pues se trata de un supuesto asumido como verdadero. Por su parte, a través del reclamo de Elena-madre, la novela denuncia la arbitrariedad de la distinción mediante la categoría ficticia de la raza en el país.

Entonces, la novela representa la nación a partir de sus relaciones de poder heredadas del pasado colonial y cómo estas se mantienen al momento de escribir la historia de la nación. A través de la mención a la clasificación de personas desde la categoría de raza, la novela alude a la colonialidad del poder propia del Perú. Aníbal Quijano define esta como un patrón de poder caracterizado por “la clasificación social de la población mundial sobre la idea de raza, una construcción mental que expresa la experiencia básica de la dominación colonial” que, a pesar de originarse en la colonia, “ha probado ser más duradero y estable que el colonialismo” (201). Estas relaciones de poder propias del pasado colonial se perpetúan en la actualidad, principalmente desde las instituciones gubernamentales de la nación. La alegoría nacional desarrollada por la novela representa la colonialidad del poder como la manera en la que se organiza la sociedad peruana.

Asimismo, los personajes de los abuelos alegorizan cómo la violencia ejercida por las instituciones nacionales peruanas es negada para mantener la imagen de la unidad de la nación. A pesar de profesar la fe católica, Gema comete una serie de actos violentos para posteriormente negar dicha violencia. Esto puede leerse como una representación de la manera en la que los discursos hegemónicos sobre el Perú propagan la idea de unidad nacional, pero perpetúan la desigualdad y ejercen la violencia contra sus ciudadanos sin reconocerlo. Del mismo modo, se trata de una crítica a la manera en la que se escribe la historia nacional desde el borramiento de la violencia perpetrada por las instancias de poder. Un hecho de la novela que lo ejemplifica es la llamada que Gema le hace a Elena después de que Elisa le reprochara por sus acciones:

—Mira, Nena, no sé si ha sido una broma pesada o si a tu hermana le está pasando algo raro. El viernes me llamó y me dijo unas barbaridades que sencillamente no entiendo qué pasa.

—¿No entiendes qué?

—No sé, me ha dicho que soy una desgraciada, que se ha enterado de cosas terribles, y ¡plum!, ha colgado. ¿Sabes tú qué le está pasando? Estoy intrigada, pensé que el sábado o el domingo me llamaría para explicarme algo, o que me diría que se había equivocado de número, o ya sabes, que de repente era una broma, pero nada. Si sabes qué le está pasando, avísame, estoy muy preocupada.

—Claro —respondí con sarcasmo—, entiendo que estés preocupada. Si tu nieta favorita te trata así, no es para menos.

—¡Ay qué me dices! Si yo a las dos las adoro (Pacheco 61).

En este pasaje, Gema no reconoce las acciones injustas que ha realizado, como parte de sus esfuerzos para mantener oculto el pasado familiar, que corresponde alegóricamente al pasado violento del Perú. El lenguaje empleado alegoriza la negación de la violencia ejercida en el país ante los reclamos ciudadanos (representados por la respuesta sarcástica de Elena). Se trata de una forma de negación perversa en el sentido lacaniano, es decir, que el negar está acompañado del reconocimiento de aquello que se niega (Evans 44). A través de la negación perversa de la abuela, la novela denuncia cómo las autoridades gubernamentales aluden a una falta de conocimiento para no asumir la responsabilidad por la injusticia.

Entonces, mediante el personaje de Gema, la novela denuncia las maneras en las que la nación peruana oculta la violencia. Al presentarse como mujer católica y, sin embargo, negar la violencia racista ante los reclamos de sus nietas e hijas, este personaje es una alegoría de cómo “en el anverso del discurso que defiende los derechos de los ciudadanos de la república democrática, persiste un suplemento cultural colonial y oligárquico que no tiene reparos en transgredir los derechos de quienes no considera realmente ciudadanos” (Hibbett et al 9). Al narrar la violencia ejercida para mantener

oculto el pasado familiar, la novela denuncia los mecanismos en los que el discurso oficial peruano esconde la violencia que ejerce.

Una vez revelada la violencia que los abuelos pretendían ocultar, la novela cuestiona estos mecanismos a través de su narradora. La manera en la que Elena revela paulatinamente el secreto familiar le permite a la novela establecer reflexiones en torno a la discriminación y cómo se normaliza en la sociedad. Esto ocurre, por ejemplo, cuando menciona que, en su círculo social, nadie quería reconocer el pasado de mestizaje para aparentar una imagen de superioridad:

Ninguno de nosotros, por más evidencias andinas que mostraran nuestros rostros, nuestras costumbres o nuestro mismo acento al hablar en castellano, nos habíamos sentido indios. Incluso asumirnos como mestizos era algo que se atragantaba, que producía rubores, escozores. No importaba si durante la Colonia se hubiera bautizado con los apellidos ibéricos de los conquistadores a cuánta población nativa se ubicara en los territorios que se adjudicaron. Esto ni se conocía, se pasaba por alto en las mismas clases de Historia, y todos preferían olvidarlo. Lo importante era tener un apellido no indígena en el presente, y en mi presente, como en el de mis amigos, los apellidos quechuas estaban ausentes. (Pacheco 195-196).

A través de este pasaje, la novela pone en evidencia el borramiento de la identidad indígena propia de los discursos hegemónicos de la nación y de la historiografía oficial. La mención de todos los rasgos andinos presentes en las identidades del grupo evidencia una negación histórica del carácter “indio” de la nación mediante la prevalencia de apellidos hispanos. El uso del término “indio”, que suele ser asociado con una carga peyorativa, permite diferenciar al círculo de Elena del grupo social indígena considerado como inferior. A esto se le añade el rechazo a reconocerse como mestizos, término considerado como insulto en este caso. Las características listadas del círculo social de la protagonista alegorizan la realidad nacional en la que los ciudadanos se clasifican a partir de la raza: lo blanco se aprecia como superior, mientras que lo indígena es menospreciado.

Mediante las reflexiones de Elena sobre el racismo de su círculo familiar y social, la novela desnaturaliza la idea de la comunidad nacional. Al hacerlo, propone que, detrás de los discursos hegemónicos que promulgan una imagen de unión, se encuentra una realidad de violencia y desigualdad heredadas de la época colonial. En la medida que Elena cuestiona a sus abuelos y a sus amigos, la novela hace lo mismo con las autoridades y la sociedad peruanas. Mediante el cuestionamiento de la identidad familiar desempeñado por la protagonista, la novela cuestiona una identidad nacional basada en la desigualdad. Por ende, la novela plantea que, como parte de la construcción de la nueva identidad nacional, es necesario reconocer la violencia que los discursos hegemónicos pretenden ocultar.

En este subcapítulo, he desarrollado la manera en la que la novela alegoriza a las instancias de autoridad que ocultan la violencia y desigualdades propias del Perú (heredadas desde la colonia) mediante los personajes de los abuelos. Asimismo, la novela emplea al personaje de la narradora para cuestionar estas relaciones de poder y la imagen de unidad nacional. La novela, entonces, critica la idea de comunidad emitida por las instituciones oficiales del poder para dar cuenta de que, detrás de la imagen de unión, se encuentra la perpetuación de la violencia colonial en el país.

2.3. Testimonios de heterogeneidad

En este subcapítulo, pretendo analizar la alegoría de la heterogeneidad sociocultural que *La voluntad del molle* desarrolla a partir de los personajes de Julia Solís (tía política de las hermanas), y Florinda y Otilia (trabajadoras del hogar). Propongo que estos personajes representan alegóricamente a las poblaciones racializadas que, a pesar de ser víctimas del racismo de la colonialidad del poder, critican la perpetuación de la desigualdad. Primero, desarrollaré cómo Julia es una alegoría de la invisibilización de las personas afrodescendientes en el país. Segundo, abordaré cómo Florinda y Otilia alegorizan la paternalización de las poblaciones indígenas andinas. Ante los testimonios de estos personajes, recopilados por la narradora, la novela propone entender a la nación desde su heterogeneidad.

En su investigación por el pasado materno, Elena y Elisa acuden principalmente a personajes femeninos para reconstruir la historia familiar. Al recopilar sus testimonios e incorporarlos como parte de su nueva identidad familiar, las hermanas alegorizan un nuevo proceso de investigación sobre la nación que desmiente la idea de una identidad nacional sólida y homogénea. De esta forma, la novela incluye las voces de personajes que se oponen a la represión de los abuelos para visibilizar la heterogeneidad nacional negada por el discurso hegemónico de las autoridades.

Por un lado, Julia Solís, al ser el único personaje afroperuano de la novela, representa el racismo sufrido por las personas afrodescendientes en el país. La narradora la presenta en el siguiente pasaje “A Julia, la esposa de tío Fernando, la trataban con distancia y a lo sumo con fría cortesía” (Pacheco 39). Entonces, el lector entra en contacto con este personaje a partir de su vinculación a la familia, y de cómo era excluida de la misma. Posteriormente, se la describe de la siguiente manera: “Tía Julia procedía de una familia del norte del Perú. Era una mujer alta, morena, con notoria ascendencia mulata,

aunque esa palabra para referirse a un familiar fuera tabú en nuestra familia” (Pacheco 40). El uso de la palabra “mulata” y la mención del tabú familiar dan cuenta del racismo de la familia que no quiere reconocer sus vínculos con lo afrodescendiente. Sin embargo, unas páginas después, se revela el divorcio de Julia (43) como un medio de transmitir al lector el nivel de exclusión de la familia de este personaje, así como su agencia en su decisión de alejarse del maltrato de sus suegros (45). De esta manera, la novela acerca al lector a este personaje desde sus relaciones con la familia, pero también invitándolo a reconocer en ella una agencia en contra de la violencia del racismo.

La novela alegoriza la posición de la comunidad afroperuana dentro de la identidad nacional a través de la relación de indiferencia y discriminación que la familia protagonista entabla con Julia. Como reconoce la narradora, “la diferencia de trato era demasiado evidente, tanto que tía Julia muy pocas veces iba a casa de sus suegros” (Pacheco 39), aspecto que da cuenta de su exclusión de la familia. Este rechazo alegoriza la invisibilización del carácter afrodescendiente de la nación, es decir, la negación de las herencias culturales de la población peruana proveniente de África. Dicho de otro modo, la falta de integración de Julia a la familia de su exesposo alegoriza la exclusión de las personas afrodescendientes de la comunidad nacional.

El personaje de Julia permite profundizar en la ya mencionada colonialidad que se representa en la novela. Al representar al peruano afrodescendiente, este personaje testimonia la presencia actual de la colonialidad del poder en el país. Esta forma de poder implica también la discriminación hacia las personas “negras”, consideradas inferiores por las distinciones raciales y su asociación naturalizada a la esclavitud durante la colonia (Quijano 205). Entonces, la novela amplía la crítica al carácter colonial de la nación peruana a través de este personaje.

Asimismo, el conflicto entre Julia y la familia protagonista desmiente la imagen de la unidad familiar y, en su dimensión alegórica, desnaturaliza la idea de comunidad nacional. La exclusión de la familia y el divorcio alegorizan la ficcionalidad de la unidad nacional. A pesar de los intentos de Elena, Elisa y su madre por mantener el vínculo, la violencia vivida por Julia impide una conexión entre estos personajes. De este modo, la novela evidencia la complejidad de las relaciones sociales dentro de la nación, marcadas por diferencias irreconciliables. Esta imposibilidad de resolver los conflictos se percibe en la escena en la que, tras la muerte de Elena-madre, Julia les explica a las hermanas la razón de su divorcio y Elisa afirma entenderla, a lo que Julia responde:

–Tú nunca podrás entenderme. ¿Y sabes por qué? Porque a ti nunca te han humillado, a lo largo de toda una vida, en el colegio, en la familia de tu marido, e incluso en el trabajo, por el color de tu piel o la forma de tu boca; no por lo que tú seas ni por los sentimientos buenos o malos que tengas... Elisita, esto tú nunca lo podrás entender.

[...] Ocurre que para conocer lo que es la discriminación, persistente, vivida no solo en tu carne sino también en la de tus hijos, que es lo que una más quiere, no basta con escuchar un relato en boca de otro. Me parece atrevido que gente que nunca ha sido discriminada diga que entiende muy bien lo que significa esto. Si realmente me entendieran, quizás les escandalizaría que no me hubiera divorciado antes. O tal vez no. (Pacheco 45).

Para analizar este fragmento de la novela, es necesario tener en cuenta el estilo de narración en el que se inscribe el diálogo. En este caso, se emplea el estilo directo regido. Es decir, la narradora no interviene en la voz de Julia (como sí ocurre con el personaje de Javier, como se desarrollará en la siguiente sección). De esta manera, se le presenta al lector la perspectiva de este personaje desde su propia voz que denuncia la violencia del racismo en el Perú. Así, las afirmaciones de Julia dan cuenta de una distancia insalvable entre ella y Elisa, producida por la segregación racial propia de la colonialidad del poder. Este personaje alude al racismo como parte de su cotidianidad, y las opone a la experiencia de Elisa, quien no ha sufrido discriminación alguna por su aspecto. Desde su lugar de enunciación, este personaje se opone a la visión hegemónica racista de los abuelos. Además, la decisión de Julia de divorciarse de su marido y por consiguiente, separarse de la familia, da cuenta de una agencia que rechaza la violencia perpetrada por los abuelos.

Asimismo, al proponer desde Julia la imposibilidad de entender la discriminación cuando no se la ha vivido, la novela desmiente la idea de comunidad imaginada. El cierre de la reflexión con un “o tal vez no” enfatiza la ambigüedad de las relaciones entre los miembros de la nación, pues sus posturas pueden ser antagónicas, pero no por ello dejan de interactuar. Los abismos entre los grupos sociales del Perú se demuestran en la falta de comprensión de ambos personajes.

El énfasis que la novela realiza en la diferencia entre Julia y Elisa permite polemizar la construcción de la idea de unidad nacional desde la categoría de heterogeneidad. Las diferencias entre ambos personajes, tanto en la familia como en la sociedad, representan la heterogeneidad del Perú y se contraponen a los intentos de representar a la nación como una comunidad unida y armónica. El concepto de heterogeneidad sociocultural permite “dar razón de situaciones socio-culturales y de discursos en los que las dinámicas de los entrecruzamientos múltiples no operan en función sincrética sino, al revés, enfatizan conflictos y alteridades” (Cornejo Polar 369). Esta idea permite explicar cómo la manera

en la que Elisa dice entender a Julia, en lugar de establecer una conexión entre ambas, evidencia las distancias sociales que caracterizan sus identidades. Entonces, las interacciones entre los personajes de la novela alegorizan la heterogeneidad de la nación (este aspecto lo profundizaré con el siguiente grupo de personajes a analizar).

Por otro lado, los personajes de Florinda y Otilia, empleadas del hogar, representan la situación de los indígenas andinos en el país mediante la ambigüedad de su relación con la familia protagonista. Esta es ambigua en la medida que ambas son incluidas dentro de los vínculos afectivos de la familia, pero, al mismo tiempo, son discriminadas dentro de la misma ante la falta de lazos sanguíneos y la diferencia racial. La inclusión afectiva se evidencia en la manera en la que estas mujeres se dirigen a las autoridades familiares como si fueran sus padres. Por su parte, Otilia se dirige a su empleadora (la tía abuela de las protagonistas) como “mi mamá Charo” (Pacheco 142), mientras que Florinda llama a los abuelos con los nombres de “Mamá Gema” y “Papá Juan” (215), al igual que sus hijos y nietos. Asimismo, a ambas se les excluye de la familia mediante la explotación laboral propia de la servidumbre y los actos de discriminación efectuados contra ellas por el prejuicio colonial que asocia su origen étnico con una supuesta inferioridad.

Entonces, Florinda y Otilia se constituyen como una alegoría del paternalismo con el que la nación peruana trata a la población indígena. A través de ellas, la novela llama la atención sobre el problema de la inclusión de la cultura y sujetos andinos indígenas en la nación, resumido en la famosa frase “incas sí, indios no” (Méndez). Estos personajes alegorizan que, a pesar de que en el discurso oficial se aprecie la cultura ancestral andina como parte del legado histórico de la nación, detrás de este aprecio se encuentra la violencia con la que se trata a los indígenas andinos.

El aprecio por la cultura andina se evidencia en el ya mencionado vínculo afectivo de las empleadas con los miembros de la familia, mientras que la violencia se percibe en la relación de servidumbre establecida con ellos. Al trabajar como sirvientas del hogar, Florinda y Otilia se insertan en un ambiente laboral precario, marcado por la falta de derechos laborales y la violencia ejercida por las empleadoras. La descripción que Elena hace del caso de Florinda da cuenta de esta precariedad:

Había entrado al servicio de mis abuelos desde que tenía doce o trece años. [...] Desde entonces, a cambio de escuela, techo y alimentos, había trabajado prácticamente gratis como empleada doméstica. Solo en los últimos diez años, a insistencia de mi madre y mis tíos, Mamá Gema había abierto la mano para, además de propinas, empezar a pagar sus cotizaciones en la Seguridad Social. Para entonces, Florinda tenía más de cuarenta años (Pacheco 98).

En este fragmento, la narradora da cuenta de cómo, a pesar de vivir en la casa familiar, Florinda fue desprovista de un trato parejo al de los integrantes de la familia por su origen indígena y pobre. Esta situación también puede leerse en su sentido alegórico: el hecho de que Gema se negara a pagarle el seguro social representa la incapacidad del Estado de proveer servicios básicos a las poblaciones rurales andinas. La servidumbre de Florinda y Otilia, entonces, representa el abandono estatal sufrido por las comunidades indígenas.

La servidumbre también forma parte de las desigualdades propias de la colonialidad del poder que la novela representa. En este marco, la servidumbre es un modo de trabajo no pagado heredado de la colonia y adscrito a los indígenas. Esta manera de explotación laboral, al igual que la esclavitud, se configuró a partir de la clasificación racial de la sociedad, a partir de la creencia colonial de que la “inferioridad racial de los colonizados implicaba que no eran dignos del pago de salario” (Quijano 207). A diferencia de la esclavitud, la servidumbre del trabajo doméstico se mantiene en la actualidad, aspecto que la novela pone en cuestión.

Si bien Florinda es representativa de la servidumbre, la novela profundiza en su personalidad más allá de esta relación de subordinación, aspecto que propone alegóricamente que la identidad del indígena andino no debe reducirse a su condición de víctima de la desigualdad. Esto se percibe en las escenas en las que Florinda se dirige al abuelo Juan, a quien debía obedecer por ser su empleada, como un “maricón” y “sacolargo” (Pacheco 215). Mediante estas palabras, Florinda se opone a la autoridad de Juan y representa las resistencias ante la violencia llevadas a cabo por las comunidades andinas ante la opresión. De esta manera, se enfatiza la ambigüedad de su relación con los abuelos: es, al mismo tiempo, de obediencia y rebeldía. En el sentido alegórico, en lugar de representar a los indígenas solo como víctimas de la violencia, la novela explora la manera en la que ellos responden ante la desigualdad.

La revelación de las diferentes facetas de Florinda y su relación ambigua con los abuelos alegoriza también la heterogeneidad sociocultural de la nación, caracterizada por relaciones sociales que coexisten en sus diferencias. Ante ello, Elena cuestiona la identidad que se le había presentado durante toda su vida (y para esto aborda nuevamente un pasaje citado en el primer capítulo): “la misma Florinda, tan cariñosa, tímida y abnegada, nos estaba revelando una faceta rebelde y arrogante que jamás hubiéramos imaginado. ¿Cuál escondía a cuál? ¿Cuál era la verdadera? Quizás todas y ninguna, sino el conjunto de partes, retroalimentándose unas a otras” (Pacheco 216). Estas preguntas formuladas por la narradora y su respuesta incierta se pueden leer alegóricamente como

preguntas que cuestionan la identidad nacional en el Perú, país con una multiplicidad de sujetos y culturas.

Entonces, la identidad nacional se presenta en la novela como un conjunto de partes que se retroalimentan sin llegar a consolidarse en una faceta homogénea. La oposición de estos personajes al modelo de unidad familiar promovido por los abuelos alegoriza la oposición al discurso oficial sobre la nación. Mediante la manera en la que las hermanas “descubren” las violencias ocultas de la familia, la novela desnaturaliza la idea de la unión nacional. En un momento de la conversación con Florinda, Elena reconoce una burla a la imagen de la realidad peruana adquirida en su crianza: “volví a percibir en sus ojos esa mirada que dice «¡pobres chicas, qué tontas!, qué poco saben de la vida personas como ustedes, a las que les han querido dibujar un mundo más o menos organizado, cabal, con causas y efectos diagnosticados, ¡ja, ja, ja!, ¡qué risa que me da!»” (Pacheco 216-217). Este pasaje da cuenta del reconocimiento de la ignorancia de las protagonistas y critica alegóricamente la imagen falsa del país promovida por las figuras de autoridad (representada por la crianza de los abuelos). La descripción de la mirada burlona de Florinda evidencia el sinsentido del discurso oficial que pregonaba una unión inexistente y niega la heterogeneidad.

La novela representa la heterogeneidad nacional a través de las relaciones complejas entre los personajes multifacéticos. Las situaciones de violencia recuperadas por las hermanas que se oponen a la violencia de los abuelos representan las otras facetas e identidades presentes en la realidad peruana. De este modo, en el marco de la heterogeneidad sociocultural, se percibe cómo “la conflictividad de los actores sociales produce cruces, empréstitos y contaminaciones que desmienten la fijeza de las identidades colectivas, expresándolas en su carácter fluido y provisional, como negociaciones ideológicas y culturales en el nivel de los imaginarios” (Moraña xiii). Al recopilar estos testimonios mediante la investigación de las hermanas, la novela muestra las múltiples caras de la nación y cómo están sujetas al cambio por estas interacciones.

Si bien visibiliza las diversas situaciones de desigualdad, la novela no propone alternativas de solución a la violencia, pues las hermanas no hacen nada para solucionar la exclusión familiar de Julia y las empleadas domésticas. Esto alude alegóricamente a la imposibilidad de solucionar los conflictos sociales en una nación caracterizada por la heterogeneidad y la violencia. No obstante, esta falta de resolución no es un elemento que devalúe la crítica llevada a cabo por la novela. Se trata de un ejercicio de reconocimiento de la heterogeneidad sociocultural dado que se evita someter la cultura peruana a un

proceso unificador. La heterogeneidad “ nombra la persistencia de lo contingente, la irresoluble recalcitrancia de lo particular” (Legrás citado en Vich 9). Por ende, los conflictos irresolubles a nivel familiar alegorizan la complejidad y ambigüedad de los vínculos sociales dentro de una nación heterogénea la peruana.

En esta sección, he desarrollado cómo los personajes de Julia Solís y las empleadas del hogar alegorizan la heterogeneidad sociocultural del Perú. Por su parte, Julia alegoriza la invisibilización del pueblo afroperuano en la identidad nacional, mientras que Florinda y Otilia alegorizan el trato paternalista a los indígenas. Además, he propuesto que, mediante la oposición de estos personajes a la represión de los abuelos, la novela representa las resistencias a las instancias de poder y cómo este conflicto configura la identidad ambigua y compleja de la nación.

2.4. Los hijos olvidados de la nación

En este subcapítulo, propongo que la novela alegoriza la imposibilidad de pertenecer a la nación a partir de los personajes excluidos de la familia. Analizaré cómo los personajes de Alejandro, Matilde y Javier representan las formas de marginalización y subalternización experimentadas por los grupos sociales abandonados por el Estado peruano y discriminados por la sociedad. Primero, abordaré cómo la relación fallida de Alejandro y Elena-madre alegoriza el fracaso de la inclusión de las poblaciones indígenas en el proyecto nacional. Segundo, desarrollaré el análisis de Matilde como personaje que alegoriza la subalternidad de las lenguas originarias, en especial el quechua. Finalmente, mencionaré la ausencia de la voz de Javier en la novela como alegoría de la incapacidad de habla del subalterno.

Antes de desarrollar estas representaciones, considero necesario establecer una definición de subalternidad para aclarar la diferencia entre esta noción y la de marginalidad. Si bien ambos conceptos se emplean para hacer referencia a grupos sociales despojados del acceso a los derechos fundamentales y excluidos por los grupos de poder, la diferencia entre subalternidad y marginalidad radica en la capacidad de enunciación de sus miembros. El marginado, a pesar de ser discriminado socialmente, puede resistirse a la dominación a través de la enunciación de discursos. Al contrario, el subalterno, como indica Gayatri Spivak, “no puede hablar”: es incapaz de elaborar discursos (290); esto es, no participa de la comunidad social de forma dialógica. Desde esta propuesta, el término “hablar” no debe ser interpretado simplemente como “decir” en un sentido literal. Al

utilizar el verbo “hablar”, Spivak se refiere a la transacción exitosa entre el hablante y el oyente (289). En la medida que el acto del habla implica la interacción entre hablante y oyente, el subalterno, a pesar de poder emitir enunciados, no es capaz de ser escuchado por un otro incluso si realiza un esfuerzo extremo por emitir un discurso; por lo tanto, “el subalterno no puede hablar” (Spivak 290-292). Entonces, el aspecto dialógico del habla resulta imposible para el subalterno porque su exclusión es tan radical que sus discursos no son percibidos por el resto de la comunidad social.

A partir de estas nociones, abordaré la situación de exclusión de los tres personajes mencionados. En el caso de Alejandro, este personaje puede ser clasificado como marginado (y no como subalterno) en la medida que es capaz de emitir un discurso a través de las cartas que le envía a Elena-madre. De esta manera, su personaje se inserta en el aspecto dialógico del habla: sus cartas son leídas y respondidas por un personaje perteneciente a un grupo social privilegiado. A diferencia de Alejandro, Matilde y Javier no se insertan plenamente en las interacciones dialógicas de la novela. Por un lado, Matilde no puede emitir discursos que sean escuchados en la novela por ser quechuablante, y la traducción es insuficiente para que pueda entablar un diálogo con la narradora, ignorante de esta lengua. Por otro lado, la subalternidad de Javier resulta más evidente, dado que este personaje no participa de ningún diálogo en toda la obra; es decir, no posee la capacidad de hablar con los otros personajes y, en consecuencia, queda excluido de la nación a través de su falta de inclusión en la familia. Estas ideas serán desarrolladas con mayor profundidad a lo largo de esta sección.

Dado que la novela alegoriza a la nación como una familia, la pertenencia de los personajes a esta implica en un sentido alegórico la pertenencia a la nación de los grupos sociales a los que representan. En este sentido, la novela realiza un ejercicio de representación similar al de *Cien años de soledad* y *La casa de los espíritus* señalado por Margarita Saona: en la medida que la familia se identifica con la nación, “la pertenencia a la familia asegura al mismo tiempo la pertenencia a la nación. El sujeto del relato se inscribe en la historia nacional precisamente porque ocupa un lugar específico en la familia” (63). La pertenencia de Elena y Elisa a la familia de sus abuelos las dota de un lugar en el espacio nacional; mientras que los personajes de Alejandro, Matilde y Javier son excluidos de la historia familiar por su raza y condición económica. Así, la novela alegoriza cómo las comunidades indígenas son borradas de la historia nacional.

En primer lugar, Alejandro alegoriza la imposibilidad de la unión nacional desde los vínculos afectivos entre los miembros de la clase criolla dominante y la población

indígena discriminada mediante el fracaso de su relación con Elena-madre. En tanto Alejandro representa a los indígenas y Elena-madre a los criollos, su unión habría implicado alegóricamente la unión de estas clases sociales antagónicas como parte de un proyecto de nación mestiza. Sin embargo, las presiones de los abuelos que provocan el encarcelamiento de Alejandro impiden esta unión, y la muerte de Elena-madre antes de un posible reencuentro anula toda posibilidad de fundar una identidad mestiza del Perú.

La novela, a través de esta pareja, lleva a cabo un ejercicio alegórico que remite a las ficciones fundacionales latinoamericanas del siglo XIX. Estas son novelas románticas que, al retratar la historia de dos amantes de diferentes clases sociales alegorizan los proyectos de construcción de la identidad nacional (Sommer 23). En este sentido, “la posibilidad de que una sociedad escindida por clase y raza pueda llegar a la armonía, se simboliza a través del éxito de un matrimonio estable entre individuos de dos grupos diferenciados” (Sommer parafraseada en Hibbett 96). El fracaso de dicha unión implica, en consecuencia, el fracaso del proyecto de unificar las diferencias de clase y raza en la identidad nacional. Ante ello, resulta significativo el fracaso de la relación entre Alejandro y Elena-madre como forma de representar la manera en la que los indígenas son excluidos de la nación.

A pesar del fallido matrimonio, el hecho de que ambos personajes hayan engendrado un hijo juntos alegoriza la permanencia del mestizaje ante su negación como parte de la identidad nacional. Alejandro reconoce en una carta, escrita desde la prisión a Elena-madre, que el nacimiento del hijo mestizo no es suficiente para mantener la unidad de la pareja: “nuestro bebito, a esa criatura que engendramos con tanto amor, creyendo que su existencia sería la vía para mantenernos juntos. ¡Qué ingenuos!, ¿verdad?”

(Pacheco 31). En esta cita, el personaje se reprocha el haber pensado que el hijo sería suficiente para sobreponer la unión de la pareja ante las presiones de los abuelos. De esta manera, la novela describe como ingenuo el intento de consolidar la unión de una pareja de personajes de clases opuestas en un país marcado por la desigualdad. En el sentido alegórico, se propone el fracaso del mestizaje en la construcción de la identidad nacional.

Al mismo tiempo que Alejandro alegoriza la subalternidad al no estar incluido ni nombrado en la familia, su situación como preso inocente también consiste en una alegoría de los grupos marginados del Perú. Mediante su impotencia ante el poder de los abuelos (quienes pagaron un soborno para que sea encarcelado), la novela da cuenta de la dominación de los grupos indígenas en el país. La novela alude al despojo de su

humanidad en la medida que Alejandro es privado de su libertad y agencia por los abuelos, representantes la opresión:

Aquí dentro sufren sobre todo los más débiles. Y hay tanta gente inocente que se pudre aquí [...]. Pero hay días en que me hunde el saber que pese a mi inocencia purgo esta condena por ser quien soy. ¿Te das cuenta? Porque no soy como a tus padres les gustaría, no me han visto como a un ser humano, me han tratado como a un objeto que estorba. Son ellos los que debieran estar aquí, no yo (Pacheco 106).

A través del escrito de Alejandro, la novela denuncia la violencia del sistema penitenciario peruano y la manera en la que a los prisioneros se le despoja de su humanidad. Asimismo, el sentimiento de impotencia ante el poder de los abuelos (impunes ante el crimen cometido) da cuenta de la posición injusta que los mecanismos de poder confieren a los grupos sociales marginados. De esta manera, se evidencia cómo, en el contexto de la colonialidad del poder peruana, el indígena es discriminado en la medida que es un “otro que históricamente no ha sido reconocido [...] y al que se le ha impuesto un inmenso aparato de dominación social” (Vich 18). Entonces, a través de la representación de los reos, la novela alegoriza la situación de los grupos marginados, impotentes ante la vulneración de sus derechos humanos.

En segundo lugar, Matilde, como el personaje que representa al quechuahablante en la novela, alegoriza la subalternidad del quechua y las demás lenguas originarias frente al español. La subalternidad de Matilde radica en el hecho de que, al hablar en quechua, no puede comunicarse con Elena sin la intervención de una intérprete (su sobrina Matis, como se mencionó en el primer capítulo). En consecuencia, la comunicación entre ambas se ve frustrada por la participación de un tercero que interviene en el discurso de Matilde que, como subalterna, no puede emitir un discurso que sea escuchado por Elena sin esta interpretación. Así, la novela evidencia cómo, además de sufrir discriminación por su raza y clase, el subalterno es deshumanizado, y despojado de espacios y posiciones desde los que pueda hablar (Giraldo 299). Entonces, el desencuentro lingüístico de estos personajes alegoriza la marginalización de los hablantes de lenguas nativas frente a la oficialidad del español a nivel nacional. La protagonista reflexiona sobre este desencuentro, provocado por su desinterés en aprender el quechua, en el siguiente pasaje:

no quise, como la mayoría de gente de clase media de mi generación que se negó a asumirla. No es que nos pareciera un aprendizaje inútil; era que hallábamos que conocer un idioma más estaba bien, pero si ese idioma era el quechua o cualquier lengua indígena nacional nos haría menos. Tuvo que llegar ese momento para que me diera cuenta de qué manera insondable ese desencuentro que yo había elegido me impedía la comunicación con una de las pocas personas, quizás la única, que podría explicarme de dónde venía yo, quién era yo” (172).

Mediante las palabras de Elena, la novela critica el rechazo de las clases medias-altas andinas al quechua. Desde su punto de vista, este idioma carga con un estigma social que, de aprenderse, se transmite a la persona quechuahablante. Sin embargo, la interacción con Matilde como parte de su investigación del pasado materno es presentada como un contraste al menosprecio del idioma que resalta los abismos entre ambos personajes, provocados por la ignorancia voluntaria. Al haberse desentendido del quechua y necesitar de la intervención de la intérprete, Elena pierde el acceso a una nueva faceta de su historia familiar.

Este pasaje puede leerse como una representación alegórica de la subalternización de las poblaciones indígenas en la historia nacional, provocada por el desinterés de las esferas de poder en incluir las lenguas originarias en la comunicación oficial. Matilde representa la subalternidad del quechuahablante peruano que, al no hablar español, no es escuchado por la mayoría hispanohablante y, en consecuencia, no se incorpora en las interacciones dialógicas de la comunidad nacional. Elena representa a los hispanohablantes no subalternos que no incorporan las lenguas indígenas en su imagen de la nación. Esto evidencia la situación de la voz del subalterno, no escuchada por los no subalternos, salvo cuando su palabra se decodifica para ser entendido desde una postura hegemónica (Cornejo Polar 184). Mediante la imposibilidad de Elena de acceder a su pasado familiar por las barreras lingüísticas y la subalternidad del quechuahablante, la novela denuncia que el escaso estudio de las lenguas peruanas implica el surgimiento de lagunas en la historia familiar.

Para acentuar la representación del quechuahablante como subalterno, la novela no traduce a Matilde. Es decir, sus afirmaciones en quechua no son reproducidas en la novela para luego presentar una versión de estas en español. De este modo, el lector solo accede a la enunciación emitida por ella en las pocas oraciones que pronuncia en español o mediante las interpretaciones de otros personajes. La voz verdadera de Matilde, formula en quechua, se pierde en la novela. La subalternidad de su personaje radica en esta pérdida: no se inserta en el lenguaje de la novela y, por lo tanto, no puede ni participar en los intercambios del resto de personajes ni ser representada tal y como es. El hecho de que Matilde solo pueda hablar en la novela desde su segunda lengua o desde otros personajes representa la deshumanización del quechuahablante al que se le niega la posibilidad de enunciar su voz.

La falta de traducciones directas del quechua en la novela sugiere la insuficiencia de la traducción para solucionar las diferencias entre quechuahablantes e

hispanohablantes. Es decir, al plantear que la traducción no puede transmitir el significado completo de las palabras expresadas en el idioma original, la novela da cuenta de la distancia social agravada por la falta de comprensión lingüística. Ante ello, la novela se sirve del auto cuestionamiento de la protagonista para presentar al lector una mirada crítica de las distancias entre peruanos producidas por la discriminación lingüística y que la traducción no puede resolver. El reproche que Elena se realiza a sí misma por su indiferencia ante el quechua invita al lector hispanohablante a realizar el mismo ejercicio y, en consecuencia, tomar conciencia de las limitaciones que implica no conocer esta lengua. Un ejemplo de la ineficiencia de la traducción en la transmisión del significado se percibe en el siguiente pasaje:

Matilde añadió algo de lo cual yo no comprendí ni una palabra y volvieron a reírse. Les pregunté qué las divertía tanto. Matis repuso que yo no lo entendería, que era un juego de palabras; si se traducía al castellano, perdería toda la gracia. Yo me sentí muy lejos. No hubiera querido cortar su risa, pero ellas debieron ver mi cara de «no me estoy enterando de nada, y es porque soy una alienada y nunca he querido aprender quechua». Súbitamente, dejaron de reír (Pacheco 186-187).

En este pasaje, la imposibilidad de que Elena pueda integrarse a la risa de Matilde y Matis (por su ignorancia del quecha) alude al hecho de que toda traducción resulta insuficiente para transmitir los significados del idioma original en su totalidad. Del mismo modo, da cuenta de la distancia entre los personajes quechuahablantes y el lector, dado que la barrera de idiomas le impide acceder a dichos personajes en su totalidad. A través de la distancia lingüística insalvable entre estos personajes y los lectores, la novela da cuenta de cómo la marginalidad de las lenguas originarias deriva en una desconexión entre los grupos sociales del país y, en consecuencia, refuerza la subalternidad de los peruanos no hispanohablantes.

En tercer lugar, Javier, a través de su situación de hijo ilegítimo cuya voz no se oye, alegoriza la ilegitimidad del subalterno que no puede incorporarse plenamente a la patria en la que nace. La novela lo presenta como un ilegítimo de padre y madre para mostrar alegóricamente el rechazo de la nación a las poblaciones indígenas por parte de los grupos poderosos. Este personaje, al ser el hijo no reconocido por Elena-madre y sus abuelos, no puede incorporarse a la familia: en un sentido alegórico, esto implica que es un exiliado de la nación. Su ilegitimidad se radicaliza porque, legalmente, había sido registrado como hijo de su familia adoptiva. En consecuencia, “nunca podía decir que Alejandro era su papá sin que le dijeran mentiroso”, dado que, como señala Matilde, “nunca pudo llamarse Javier Ramírez Carhuarupay, como si hubiera sido hijo de padre soltero. Mira, aquí está

su partida. Dice: Javier Rufino Huamán Quispe” (Pacheco 195). En este fragmento, se percibe cómo la ilegitimidad del personaje se constituye a partir de la ausencia de los apellidos de sus padres. La ilegitimidad funciona como metáfora de la marginalidad de la población andina, de manera similar al caso de *Los ilegítimos* de Hildebrando Pérez Huaranca, como señala Alexandra Hibbett: el ilegítimo es excluido de la legalidad, los derechos humanos y el progreso, pues se trata de un “otro” dentro de la nación (91), pero que no pertenece a ella. Entonces, la falta de identidad familiar en Javier alegoriza cómo los indígenas son desterrados de la nación mediante su ausencia en la historia oficial.

Además de su ilegitimidad, Javier alegoriza la incapacidad de hablar del subalterno en la medida que su voz no aparece en la novela. La ausencia del discurso de este personaje es sintomática: al haber fallecido sin ser conocido por las hermanas, se vuelve incapaz de emitir discursos frente a ellas y accede a ser reconocido únicamente desde las perspectivas de otros personajes. De esta manera, Javier representa cómo el subalterno “no puede hablar”. En tanto su voz resulta inaccesible para las protagonistas, no puede insertarse en la interacción dialógica propia del habla. Es decir, es un personaje subalterno que no, como tal, “ocupa una posición discursiva desde la que puede hablar o responder” (Giraldo 298). El subalterno no participa de las relaciones dialógicas que conforman la comunidad nacional y, en consecuencia, es excluido del proyecto de nación. Entonces, la ausencia de un diálogo entre las hermanas y el personaje de Javier alegoriza la manera en la que los subalternos son excluidos de la comunidad imaginada del Perú porque sus discursos y sus identidades culturales forman parte de la identidad nacional difundida por el discurso hegemónico.

La subalternidad de Javier se percibe en la inexistencia de una representación genuina de este personaje, es decir, en el hecho de que no se puede acceder a su identidad sino a través de la intervención de otros personajes que le imponen interpretaciones desde sus perspectivas. En la ausencia de su voz, así como en la inaccesibilidad a la voz de Matilde en quechua, se alegoriza la irrepresentabilidad del subalterno. El subalterno, al encontrarse en una posición al margen de los sistemas sociales dominantes, no puede ser representado por los códigos de dicho sistema social dominante, es decir, la subalternidad implica una otredad que no puede ser apropiada ni expresada por los medios de representación hegemónicos (Prakash 61-62). La novela, al no retratar plenamente a estos personajes, expresa este carácter inalcanzable de la caracterización del subalterno en la literatura, sistema hegemónico de representación.

Esta incapacidad de representar al subalterno desde una posición hegemónica se percibe en la manera en que las hermanas asumen la identidad de su hermano. Como se mencionó en el capítulo anterior, ellas, desde su posición como poseedoras del poder de enunciación, se vuelven incapaces de representar a Javier tal y como es, en su otredad. En consecuencia, le adjudican una personalidad imaginada sin conocerlo y construyen su identidad únicamente desde su faceta de víctima de la violencia. La manera en la que las hermanas representan a Javier puede relacionarse con la manera en la que, como parte de la herencia colonial, se representa al indígena peruano desde el discurso oficial: “como una figura degradada y sin mayor agencia política” (Vich 7). Al representar la degradación y la falta de agencia del indígena peruano desde la imagen de Javier, la novela desarrolla una alegoría de la manera en la que, desde las instancias de poder, se le impone al subalterno peruano una identidad deshumanizante que no le corresponde y se le quita la posibilidad de hablar desde su propia voz.

Finalmente, a pesar de que las hermanas logren establecer vínculos afectivos con estos personajes subalternos, esto no es suficiente para incorporarlos en la familia; en consecuencia, tampoco se los incorpora a la historia nacional. Las protagonistas, incapaces de rebelarse ante las instancias de poder representadas por sus abuelos, alegorizan el fracaso de la incorporación de los indígenas a la historia y a la comunidad peruana. Entonces, la novela representa cómo la colonialidad del poder se impregna en la historia nacional y forma parte de la manera en la que la nación se sigue construyendo.

En esta sección, he desarrollado cómo los personajes de Alejandro, Matilde y Javier alegorizan, de diferentes maneras, la subalternidad de los pueblos indígenas en el Perú. La exclusión de la familia se constituye como el factor que da cuenta de la exclusión de sus grupos sociales de la comunidad nacional. Esto se percibe en la imposibilidad del matrimonio y el encarcelamiento de Alejandro, la incapacidad de Matilde de comunicarse en español y la falta de voz de Javier. En tanto las hermanas son incapaces de incorporarlos a la familia, estos personajes demuestran la permanencia de la desigualdad en el país.

En este capítulo he propuesto que *La voluntad del molle* puede leerse como una alegoría nacional que imagina al Perú como una familia. En este sentido, he argumentado que la novela emplea las dinámicas entre los personajes de la familia para representar la compleja realidad nacional. Para ello, he agrupado a los personajes de la novela a partir de los grupos sociales a los que hacen referencia. Así, los abuelos alegorizan a los poderosos que niegan la violencia; Julia y las empleadas domésticas, a las víctimas de

violencia que expresan la heterogeneidad sociocultural; Alejandro, Matilde y Javier a los subalternos olvidados por el poder, y las hermanas, a una nueva generación que reconstruye la identidad nacional. En este análisis, he destacado que la novela polemiza la pertenencia de determinados grupos sociales a la comunidad nacional mediante la incorporación y exclusión de los personajes a la familia.



Capítulo 3: Memorias alegóricas y los retos de la reconciliación

En el presente capítulo, analizaré cómo *La voluntad del molle* desarrolla el tema de la memoria en el Perú frente a los acontecimientos del Conflicto Armado Interno (CAI). Propongo que la novela representa alegóricamente, a través de la familia, el proceso de construcción de memoria y de la reconciliación nacional tras el pasado violento. Este capítulo se divide en tres partes. En la primera, abordaré el rol de las hermanas en la creación de una nueva memoria familiar. Considero que ambas representan alegóricamente el proceso de construcción de memoria colectiva llevado a cabo por la CVR. En la segunda, analizaré cómo los conflictos entre los personajes de las hermanas y sus abuelos alegorizan la conflictividad de las memorias. Considero que estos personajes representan las tensiones entre el imperativo de recordar el pasado violento y la memoria del olvido, y cómo estas tensiones forman parte de la escritura de la historia familiar y nacional. En la tercera sección, desarrollaré la manera en la que la novela representa el proceso de reconciliación en el Perú desde la relación de la familia protagonista con los personajes víctimas del conflicto. Analizaré la ambigüedad de la novela en torno a la posibilidad de la reconciliación. Considero que, a pesar de establecer nuevos nexos afectivos entre los personajes, la reconciliación no se consolida en la obra para que así se subraye la imposibilidad de las víctimas de acceder a la justicia ante la falta de reparaciones por parte de los personajes perpetradores de la violencia. Entonces, la novela representa alegóricamente las complejidades del proceso de reconciliación en el Perú.

3.1. Representaciones de la Comisión de la Verdad y Reconciliación

En esta sección, desarrollo la representación alegórica de la construcción de una memoria del CAI en la novela a través de las protagonistas. En primera instancia, la memoria en la novela tiene un carácter estrictamente familiar, pues se construye a partir del recuerdo de la madre y la revisión de su pasado. Una vez iniciado el proceso de memoria de la madre, las hermanas investigan su pasado familiar de manera análoga a la investigación llevada a cabo por la CVR en el Perú. Las hermanas, en especial Elena, llevan a cabo un proyecto que, así como la CVR, se caracteriza por la investigación, la lucha contra el olvido, la incorporación de las víctimas de la violencia mediante la recopilación de sus testimonios y la necesidad de asunción de responsabilidad frente a lo ocurrido. Ante esta similitud, propongo leer la construcción de la memoria familiar por

parte de las hermanas como una representación alegórica del papel de la CVR en la consolidación de una memoria colectiva de reconciliación en el Perú.

La voluntad del molle se nutre del Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación (presentado en 2003, tres años antes de publicarse la obra) para establecer una representación alegórica del proceso de memoria. Entonces, la novela se instaura en el marco de la memoria porque responde desde la literatura a una necesidad social de no olvidar el conflicto armado para evitar su repetición en el futuro.

Para profundizar en la alegoría de la memoria desarrollada en la novela, considero necesario establecer los aspectos principales de la CVR y su rol en la construcción de las memorias a nivel nacional. Esta fue establecida en el año 2001, en plena transición democrática tras el colapso de la dictadura de Alberto Fujimori. Tuvo como objetivos “esclarecer la naturaleza del proceso y los hechos del conflicto armado interno que vivió el país, así como de determinar las responsabilidades derivadas de las múltiples violaciones de los derechos fundamentales ocurridas” (CVR, *Introducción* 19), y “lidiar con las secuelas del conflicto a través de propuestas de reparación integral y reformas institucionales” (CVR, *Introducción* 26). Como parte de su labor de investigación, la Comisión realizó audiencias públicas, esto es, espacios en distintas zonas y comunidades del país donde los comisionados se reunían a escuchar las experiencias de las víctimas y sobrevivientes del conflicto. A través de ellas, se recopilaron casi 17 mil testimonios de personas afectadas por la violencia.

El 28 de agosto de 2003, la CVR publicó su *Informe Final*: un texto de nueve volúmenes en el que se detallaron los actores del conflicto, las causas, los escenarios, los crímenes cometidos y las consecuencias de la violencia. Asimismo, se propusieron recomendaciones y compromisos para el tratamiento y reparación de este periodo de violencia. Entre los hallazgos más impactantes consignados en el documento se encuentran: el elevado número de víctimas (69 mil), la gravedad de los crímenes cometidos por el Estado y el hecho de que la desigualdad social constituyó un agravante de la violencia, pues la mayoría de las víctimas fueron quechuahablantes y/o pertenecientes al sector rural (Lerner 13-15). Al hacer públicas las heridas de este periodo histórico, labor de la CVR marcó “un punto de inflexión” en la memoria del pasado peruano porque dio lugar al abordaje “del conflicto armado y sus consecuencias desde el propio Estado”, y las voces de las víctimas, antes silenciadas, “alcanzaron notoriedad en el espacio público” (del Pino 12). De este modo, la propuesta de memoria de la CVR es reconocida como una memoria de reconciliación en tanto se caracteriza por buscar la

justicia por los crímenes cometidos, reconocer a las víctimas y la aceptación de los errores pasados para garantizar que la violencia no se repita (Barrantes y Peña 18). En síntesis, el mandato de la CVR fue clave para que la sociedad peruana pueda reflexionar sobre el impacto del pasado violento en el presente y sentó las bases para la reparación de los vínculos sociales a través de justicia.

La novela representa alegóricamente el trabajo de memoria llevado a cabo por la CVR a través de los personajes de Elena y Elisa. La urgencia de conocer el pasado nacional y de no olvidarlo para evitar su repetición se representa en el afán de las hermanas por conocer su pasado familiar mediante la lectura de cartas y la escucha de testimonios. Además, se trata de un pasado estrechamente ligado a los sucesos del CAI, pues parte del secreto familiar revelado consiste en la pertenencia de Javier a Sendero Luminoso y el encarcelamiento injusto de Alejandro por terrorismo (por su vínculo con su hijo senderista). En consecuencia, la labor de memoria de las hermanas implica, al igual que para la CVR, reconocer el pasado del conflicto armado como parte de la identidad familiar y, en su sentido alegórico, nacional.

El modo en que las hermanas acceden al pasado para construir su memoria familiar remite a la manera en la que, en el Perú, se revisitan los hechos violentos del CAI para construir una memoria nacional. Entonces, ambas protagonistas, pero en especial Elena, pueden leerse como una representación de la figura del comisionado que pretende acceder al pasado de violencia. Mediante estos personajes, la novela representa los siguientes ejes de la labor de la CVR: la lucha contra el olvido, la incorporación de las víctimas de la violencia mediante la recopilación de sus testimonios y la necesidad de asumir una responsabilidad frente a lo ocurrido. Sin embargo, el ejercicio de memoria de las hermanas, al igual que el de la CVR, presenta una serie de limitaciones. Estas serán abordadas en la tercera sección de este capítulo desde la perspectiva de la reconciliación nacional.

El primer acercamiento alegórico a la memoria en la novela constituye el comienzo del proceso de duelo de las protagonistas ante la muerte de su madre. Este hecho repentino da paso a un proceso de búsqueda de identidad familiar similar a la búsqueda de la identidad nacional llevada a cabo durante la transición a la democracia tras la caída del régimen dictatorial de Fujimori. Esto se debe a que la muerte de la madre desencadena un cuestionamiento del pasado familiar que se asemeja a la coyuntura de la transición, que implica “un nuevo intento fundacional con nuevas lecturas del pasado” (Jelin 75). Es decir, las transiciones son procesos que, ante la urgencia del futuro democrático, implican

la necesidad de redefinir la identidad nacional mediante la investigación del pasado reciente.

Entonces, la novela representa la oportunidad de visitar el pasado propia de la transición democrática a través de un proceso transitorio de duelo llevado a cabo por las protagonistas. Esta necesidad de investigar sobre el pasado para construir el futuro es reconocida por Elena cuando ella y Elisa se deciden a revisar las cosas del cuarto de su madre: “teníamos que conversar sobre ese futuro que ya nos estaba pisando los talones y que había que empezar a recibirlo enfrentando los recuerdos” (Pacheco 14). En esta cita, la narradora da cuenta de la importancia de la memoria del pasado como modo de procesar la muerte de la madre para liberar el futuro. Elena asume la responsabilidad de transitar por los recuerdos dolorosos para recibir el futuro inevitable que les toca vivir a las hermanas como familia. La idea del futuro que “pisa los talones” se asocia con la urgencia de asumir una responsabilidad ante el futuro de la nación propia del periodo de transición. Desde la manera en que las hermanas revisitan el pasado materno para poder enfrentarse a un futuro sin ella, la novela demuestra cómo, en la memoria, “el pasado no invade el presente sino que lo informa” (Jelin 99). El pasado de la madre, en tanto informa el presente que viven las hermanas, funciona como el eje articulador de la memoria que ambas van a construir a lo largo de la obra.

Esta búsqueda de la verdad del pasado familiar en recuerdo de la madre se relaciona con un principio fundamental de la CVR: la lucha contra el olvido. Las hermanas heredan el deber de luchar contra el olvido a través del archivo de documentos y fotos que Elena-madre organizó en vida. La importancia de la búsqueda de la verdad como un deber de memoria se percibe en la novela en el siguiente diálogo entre Elisa y Elena, ocurrido antes de que descubran el secreto familiar:

—Todavía estamos a tiempo de quedarnos con la duda, arrojar el baúl al basurero y asunto acabado [...].

—No. Sabes bien que no nos vamos a quedar con la duda (Pacheco 17).

En el pasaje citado, Elisa plantea la posibilidad de ignorar el pasado materno por temor a revelar una verdad desagradable. Se trata de una pretensión de mantener la comodidad de su posición de ignorancia. Ante este aparente conformismo, la respuesta de Elena afirma la responsabilidad de ambas de no olvidar. De este modo, Elena se alinea con el deber asumido por la CVR, y convence a su hermana de hacer lo mismo.

El descubrimiento del secreto y la violencia de la familia remiten a la manera en la que las investigaciones de la CVR revelaron la magnitud de la violencia del CAI y los

profundos abismos sociales del país. Las hermanas adquieren el deber de mantener, en memoria de su madre y las injusticias que sufrió, los vínculos que ella estableció en vida. Este recordar a la madre y no olvidar a las personas que conoció se relaciona con visión de la Comisión, que “interpreta la voluntad del pueblo peruano de conocer su pasado como una consecuencia del principio fundamental de afirmar la dignidad de la vida humana y, por lo tanto, entiende la tarea que le ha sido asignada como un elemental acto de justicia y un paso necesario en el camino hacia una sociedad reconciliada” (CVR, *Introducción* 20). Las hermanas, en este sentido, entienden la memoria de la madre como un medio de hacerle justicia tras las violencias que vivió en secreto. Desarrollaré el tema de la reconciliación y justicia a profundidad en el tercer subcapítulo. Por ahora, me enfoco en cómo la lucha contra el olvido de las hermanas se relaciona con la labor de la CVR, que considera que “combatir el olvido es una forma poderosa de hacer justicia” (Lerner 16). Entonces, el descubrimiento del secreto familiar y la búsqueda de la verdad que las hermanas desempeñan suponen una representación alegórica del deber asumido por la CVR de no olvidar el pasado.

En esta representación alegórica de la memoria en el Perú desde la perspectiva de la CVR, el testimonio resulta fundamental en la búsqueda de la verdad de lo ocurrido. Así como en el Perú se recopilaban testimonios para establecer la magnitud de la violencia ocurrida en el pasado, las hermanas recurren a las narraciones de otros personajes para acceder a la verdad sobre el pasado violento de su familia. Esta búsqueda de la verdad a través del testimonio se evidencia en el pasaje en el que Elena reconoce la intención que tuvo al ir a Calca para conversar con Matilde de su pasado familiar: “Yo había ido a buscarla queriendo saber qué había pasado con mi desconocido hermano; quería averiguar si sabía de la doble vida que llevó mi madre y cómo era la parte escondida que yo no había conocido” (Pacheco 172). En esta cita, la narradora describe su deseo de acceder al pasado familiar desde el testimonio de Matilde. Las preguntas por la historia de sus familiares fallecidos demuestran que Elena, al igual que la CVR, encuentra en los testimonios una fuente crucial de información sobre el pasado.

Además del testimonio de Alejandro presente en sus cartas, las hermanas acceden a los testimonios orales de personajes de diferentes posiciones sociales: Julia Solís, las empleadas del hogar Florinda y Otilia, Matilde y su sobrina Matis, así como el de un carpintero que trabajó con Alejandro. Esta pluralidad de voces alude a la diversidad de personas que acudieron a las audiencias públicas organizadas por la CVR en distintas comunidades del país para dar testimonio de sus experiencias de la violencia. De manera

similar al registro realizado por la CVR para dimensionar la violencia del pasado peruano e incorporarla a la memoria nacional, en la novela, los testimonios son recopilados por las hermanas para reconstruir el pasado familiar e integrar a los nuevos personajes a su memoria familiar.

La representación alegórica de los testimonios emitidos ante la Comisión se lleva a cabo, por ejemplo, en las escenas en la que Matilde habla sobre Javier, su nieto. El testimonio oral que emite en quechua y en español ante Elena, remite a los casos de las mujeres que narraron sus experiencias de violencia ante los comisionados en las audiencias públicas, ya sea en quechua o en español. A partir del siguiente fragmento, desarrollaré cómo las afirmaciones de Matilde se asemejan a los testimonios de las mujeres que recuerdan a sus familiares desaparecidos o fallecidos:

—Mi *wawita*, tu hermano se perdió. ¡Ay, se perdió! —exclamó.

La abracé otra vez, fuerte, sin saber qué decir. Ella se enjugó las lágrimas y volvió a hablarme.

—Él se perdió, sí, se perdió para siempre... Pero ahora tú estás acá (Pacheco 197).

En el pasaje citado, se emplea la frase “se perdió” para dar cuenta de la desaparición de Javier y su posterior muerte. Esta idea de la pérdida de un familiar es recurrente en los testimonios sobre desaparecidos y fallecidos. Por citar un caso, las palabras de Matilde pueden asociarse con el testimonio de Olga Huamán Canales, emitido durante la Audiencia Pública de Huancavelica (25 de mayo de 2002). Al hablar de su esposo desaparecido, ella también menciona la pérdida irreparable: “lamentablemente lo hemos perdido y sufrimos” (CDI-LUM). Por su parte, Matilde expresa una esperanza en la presencia de Elena al alegrarse de que ahora ella la acompañe y escuche su historia. El consuelo de la compañía del personaje que investiga la verdad puede leerse como una alegoría a la imagen esperanzadora que la CVR tuvo ante las víctimas. Esta esperanza se percibe en otro fragmento del testimonio ya mencionado: “gracias a Dios que esta institución se ha formado, que están investigando, que se llama la Comisión de la Verdad, para todos nosotros” (CDI-LUM). Una vez identificadas estas características comunes en las afirmaciones del personaje en la novela y el discurso de Huamán Canales, se percibe que el testimonio de Matilde alegoriza aquellos recopilados por la CVR. Además, la relación entre Elena como oyente y Matilde como emisora del testimonio representa alegóricamente la relación entre los comisionados y los testimoniados.

Asimismo, la alegoría de la labor de la CVR se desarrolla desde la importancia que las hermanas les otorgan a los testimonios de los personajes víctimas de la violencia. Ellas se acercan a los personajes afectados por la violencia de la familia visitándolos en sus

propios entornos para realizar las preguntas, como es el caso de la visita a Calca realizada por Elena para hablar con Matilde. Este gesto puede leerse como una alusión al trabajo de la CVR de visitar las comunidades afectadas por la violencia para recopilar sus testimonios en las audiencias públicas. Al igual que la CVR, ambas asumen la responsabilidad de “dar prioridad a las voces de las víctimas” (CVR, *Introducción 29*) en la construcción de la memoria familiar.

Dicho de otro modo, las hermanas rescatan del olvido a los personajes rechazados por la familia y, en el sentido alegórico, excluidos de la comunidad nacional. Este rescate está íntimamente ligado al vínculo familiar de ambas con Elena, aspecto que reconoce Matilde, traducida por Matis: “Dice mi tía que quién más se podía acordar de ella y de mi tío si no era usted, o sea, si no eras tú...” (Pacheco 178). Esta afirmación reconoce que la responsabilidad de recordar a Alejandro ante la indiferencia del resto de la familia es una labor hecha posible por el parentesco entre Elena y su madre. Siguiendo la alegoría planteada, esta frase alude a la toma de responsabilidad de la CVR ante la indiferencia de la mayoría de la población. La preocupación de las hermanas por el pasado familiar, al igual que la preocupación de la CVR por el pasado nacional, implica la responsabilidad de incluir a las víctimas para esclarecer la verdad de lo ocurrido. De este modo, la novela reconoce el valor de las víctimas de la violencia en la construcción de una memoria familiar para, alegóricamente, presentarlas como participantes fundamentales en la consolidación de una memoria del pasado nacional.

Otro principio propio de la CVR representado en la novela supone la necesidad de asumir las responsabilidades individuales frente al pasado violento. La novela, así como la Comisión, realiza un llamado de atención a quienes respondieron con indiferencia ante las injusticias del conflicto armado. Como parte de esta lucha contra el olvido, los recortes de periódicos de la época del CAI guardados por Elena-madre suponen un elemento que permite un acercamiento a la tragedia vivida. A través su revisión por parte de la narradora, la novela invita a un cuestionamiento del rol asumido individualmente durante el periodo de violencia:

Aquella lectura había devuelto a mi memoria la figura del horror, incluso intensificado. Tantos años más tarde, también trajo el cuestionamiento de mi manera de sobrepasarlo mientras estaba teniendo lugar. Aquella había sido la época final de mi adolescencia [...]; en la que ni una sola vez me volqué a ninguna acción o manifestación a favor de la paz ni de apoyo a las víctimas, si bien tampoco recuerdo que llegara a mis oídos convocatoria alguna para clamar contra el horror que se cebaba sobre todo con las comunidades indígenas que habían quedado atrapadas en aquel infierno [...]. Muy pocos se atrevían a protestar por víctimas ajenas. Yo no fui una excepción. ¿Era por miedo? ¿O era, sobre todo, por indiferencia? (Pacheco 157).

En el pasaje citado, la protagonista se reprocha a sí misma y a su entorno social el desinterés por tomar postura ante los abusos cometidos durante la época del conflicto. Mediante las preguntas sobre las razones de su inacción, la novela invita al lector a reflexionar sobre el papel asumido en dicha época. En este sentido, la revisión del pasado da paso a nuevas interpretaciones del rol asumido por la mayoría de la sociedad peruana ante la violencia, representada por la indiferencia de Elena.

De esta forma, además de alegorizar la labor de la CVR, las hermanas representan a “las clases medias y altas peruanas que intencionalmente se desentendieron del sufrimiento de las comunidades indígenas del conflicto” (Celis-Castillo 90). En tanto representantes del sector indiferente a la violencia, su toma de conciencia se presenta como la actitud que las clases altas deben asumir como modo de acercamiento a la justicia. Entonces, la novela reproduce hacia el lector el llamado de atención de la CVR a la sociedad peruana: el daño experimentado y la indiferencia que lo agravó deben llevar a todos a asumir una responsabilidad y, por consiguiente, admitir las cosas pudieron ocurrir de otra manera no se hizo lo suficiente para evitar la injusticia (*Introducción 37*). Así, la novela desempeña a través de sus protagonistas un llamado colectivo a la toma de responsabilidad frente a los sucesos del CAI.

La memoria familiar compartida por las hermanas más allá de los lazos de sangre en el ámbito privado alude a la manera en la que, en el espacio público, la memoria del pasado nacional emprendida por la CVR se consolida como colectiva en tanto es compartida por diferentes actores sociales. En la novela, el recuerdo de Elena-madre permite a las hermanas establecer vínculos con Alejandro y Matilde, a pesar de que ellos no pertenezcan directamente a su círculo familiar. Esto se percibe en la siguiente conversación entre Alejandro y Elisa:

—Elena fue una gran mujer. Pueden dudar de cualquier cosa, pero nunca de cuánto las quiso... Eso no se llega a dimensionar hasta el momento en que se tiene un hijo.

Un hijo. Qué palabra tan corta. Mi madre había tenido tres. Ahí estábamos Elisa y yo. Alejandro había perdido el único que tuvo [...].

—El hijo que usted tuvo era nuestro hermano —susurró Elisa.

—Sí, y porque yo lo tuve a él pude entender a Elena que, además de madre suya, era también madre de ustedes (Pacheco 256).

En este fragmento, la mención de la filiación a Elena-madre conecta a los personajes de las hermanas con Alejandro. La palabra “hijo” supone el significante que une a estos personajes a través de una memoria compartida. El vínculo establecido por estos personajes que no comparten lazos sanguíneos a través de la memoria de los familiares fallecidos alude a la manera en la que la memoria se constituye como colectiva.

El diálogo que las hermanas establecen con las memorias individuales de los personajes testimoniantes para construir su memoria familiar alegoriza la colectividad de la memoria del CAI. Según Elizabeth Jelin, la memoria es colectiva en tanto se caracteriza por “el entretreído de tradiciones y memorias individuales, en diálogo con otros, en estado de flujo constante, con alguna organización social [...] y con alguna estructura, dada por códigos culturales compartidos (55). La organización de las hermanas en el ámbito familiar alude al trabajo de las instituciones (en este caso concreto, la CVR) en el establecimiento de códigos para recordar el pasado. Entonces, la memoria familiar compartida por las hermanas y Alejandro se constituye como una alegoría de la memoria colectiva compartida por los peruanos a la luz de los hallazgos de la CVR.

En este subcapítulo, he analizado cómo *La voluntad del molle* representa alegóricamente el proceso de construcción de una memoria colectiva en torno a los acontecimientos del Conflicto Armado Interno peruano. En esta interpretación, considero que las hermanas alegorizan a la figura de los comisionados que investigan el pasado violento para cumplir con los deberes de no olvidar, de priorizar la experiencia de las víctimas y de asumir la responsabilidad ante los hechos. A través de la creación de una nueva memoria familiar por parte de las hermanas, la novela construye una representación de la propuesta de memoria colectiva llevada a cabo por la Comisión de la Verdad y Reconciliación.

3.1. Las memorias en conflicto

En esta sección, desarrollaré cómo la crisis familiar tras la revelación del secreto puede leerse como una representación alegórica de los conflictos entre memorias surgidos en el Perú durante el CAI, y acentuados por la publicación del *Informe Final* de la CVR. Dado que la historia familiar descubierta por las hermanas se opone a la versión del pasado elaborada por sus abuelos, la novela da cuenta del carácter antagónico propio de las diferentes interpretaciones que se le otorgan al pasado en la memoria. Teniendo en cuenta que las hermanas representan alegóricamente a la CVR y los abuelos, a los grupos de poder conservadores del país, considero que los antagonismos entre sus memorias alegorizan la oposición entre la memoria de reconciliación y la memoria de salvación a nivel peruano. Además, abordaré la falta de resolución de este conflicto como una representación de la falta de oficialización de la memoria de reconciliación y su permanencia ante la oposición de los grupos de poder.

La novela representa cómo, desde las memorias, se interpretan los hechos del pasado violento de manera antagónica mediante las perspectivas de los personajes sobre el pasado familiar. Así, se alude a un aspecto paradójico de la memoria: en tanto el pasado ya ha sucedido, no puede cambiarse; sin embargo el sentido de ese pasado sí puede cambiar por el surgimiento de “reinterpretaciones ancladas en la intencionalidad y en las expectativas hacia el futuro” (Ricoeur parafraseado en Jelin 71). Los sentidos que se le otorga al pasado familiar alude a cómo las interpretaciones del pasado pueden entrar en conflicto. Por un lado, el discurso de los abuelos que intenta negar o justificar la violencia ejercida alude a la actitud de los grupos de poder conservadores ante el pasado violento. Por otro lado, el cuestionamiento de esta violencia por parte de las hermanas simboliza el llamado de atención realizado por la CVR al Estado.

Este conflicto entre interpretaciones del pasado familiar supone una alegoría del proceso conflictivo de construcción de memorias tras la publicación del *Informe Final* de la CVR. La novela alude a las revelaciones del *Informe* sobre los crímenes cometidos por el Estado durante el CAI a través la manera en la que las hermanas descubren la violencia ejercida por los abuelos. De este modo, se representa uno de los hallazgos más polémicos de la Comisión: la responsabilidad del Estado y las Fuerzas Armadas en la reproducción de la violencia y las desigualdades, tanto antes como durante el conflicto armado. En la novela, un ejemplo de los abusos por parte de las autoridades es el secuestro de Javier por parte de los abuelos cuando recién nació. Este hecho, que remite a las desapariciones forzadas, alude alegóricamente a cómo las fuerzas del orden “incurrieron en una práctica sistemática o generalizada de violaciones de derechos humanos y que existen fundamentos para señalar la comisión de delitos de lesa humanidad, así como infracciones al derecho internacional humanitario” (CVR, *Hatun* 11). Los abusos cometidos por Gema y Juan contra Javier representan la manera en la que el Estado incumplió su responsabilidad de garante de derechos. Es decir, la novela hace énfasis en la tesis de la CVR que afirma que no solo los grupos subversivos cometieron crímenes, sino que el Estado y las fuerzas del orden también contribuyeron a agudizar los niveles de violencia. Entonces, *La voluntad del molle* representa las dos principales memorias antagónicas que protagonizan el debate sobre los hechos del CAI. Es decir, la novela alegoriza la oposición entre la memoria de reconciliación y la memoria de salvación presente en el discurso peruano sobre la memoria. Así, las hermanas, en tanto alegoría de la Comisión, representan a la memoria de reconciliación (como se mencionó en la sección anterior); mientras que los abuelos, al alegorizar a los grupos de poder conservadores,

representan a la memoria de salvación construida durante la dictadura de Alberto Fujimori para justificar los crímenes del Estado.

Sin embargo, la memoria de salvación no es representada directamente en la novela, porque, como se señaló en el primer capítulo, en ella no aparecen las instituciones ni se alude al Estado. Es decir, en el discurso de los abuelos no se identifican las alusiones, propias de la memoria de salvación, a cómo la dictadura y el Ejército salvaron al país del terrorismo. Lo que sí aparece en el discurso de los abuelos es una memoria del olvido. Según Stern, la memoria como olvido consiste en una suerte de “amnesia voluntaria” que intenta “poner al lado ciertos recuerdos tachados como insuperables y peligrosos” y “define cuáles son las cosas que no hay que recordar y hablar en las esferas sociales” (17). Se trata de un acercamiento al pasado que evita el abordaje de los hechos violentos o dolorosos (casi como si nunca hubiera existido) para enfocarse en el presente y el futuro. Esta se manifiesta en el afán de los abuelos por mantener en secreto la historia familiar bajo el argumento de que forma parte del pasado superado. Esto se percibe en la siguiente discusión entre Gema y Elena-madre:

- ¿Es que nunca se han arrepentido de lo que hicieron? [...]
- ¡Ay, Elena! Tendrías que dejar atrás los resentimientos. Ya nos disculpamos bastante contigo. ¡Y no podemos volver el tiempo atrás! (Pacheco 41).

En el pasaje citado, el intento de Elena-madre de abordar el pasado es rechazado por el afán de olvido de Gema. Este personaje niega el resurgimiento de los hechos del pasado desde el argumento, característico de la memoria del olvido, de que el pasado debe ser ignorado o reprimido porque lo ocurrido no puede cambiarse. De esta manera, la novela aborda cómo la memoria del olvido, al evitar el pasado, entra en conflicto con la memoria de reconciliación, la cual exige una mirada del pasado hacia el futuro.

Entonces, la interpretación del pasado elaborada por los abuelos consiste en una memoria del olvido que, en su sentido alegórico, corresponde a la memoria de salvación propia del contexto peruano. Para la memoria de salvación, las Fuerzas Armadas y el gobierno de Alberto Fujimori son los únicos responsables de la derrota de Sendero Luminoso y se considera como válida “la posibilidad de empeñar algunos valores democráticos a cambio de paz y orden” (Barrantes y Peña 17). Es decir, se acepta la violencia estatal como un medio para garantizar la paz en un estado de excepción como el del CAI. Asimismo, la memoria salvadora, al ser promovida por los grupos de poder, consolidó una “historia oficial que legitimó el autoritarismo en la conducción del Estado y (...) cerró, política y simbólicamente, las posibilidades de edificar una paz con justicia

en el Perú después del fin del conflicto armado interno” (Barrantes y Peña 19). En la novela, estos aspectos de la memoria de salvación se representan en la manera que los abuelos validan la violencia que ejercen como medio para mantener la unidad familiar (aspecto desarrollado en el primer capítulo) y presentan la negación de la violencia ejercida como parte de la imagen oficial de la familia.

A pesar de tener en común con la memoria del olvido la represión de las interpretaciones democráticas del pasado, la memoria de salvación no niega el abordaje de los hechos del pasado. Al contrario, los revisita desde un intento de validar el ejercicio de la violencia por parte del Estado. Entonces, aunque los abuelos no revisiten el pasado, la manera en la que se niega la responsabilidad por la violencia desde la memoria del olvido representa cómo la memoria de salvación exime de responsabilidades al Estado.

Además, la novela representa el debate entre las dos principales formas de memoria en el Perú sobre la responsabilidad estatal durante el conflicto armado desde las alegorías de sus personajes. Así, la oposición entre las memorias de salvación y de reconciliación se percibe en el siguiente pasaje, que consiste en una conversación entre Elena y Otilia sobre cómo la abuela explicó lo que hizo con Javier, seguido de las impresiones de la narradora:

—¿Pero qué te dijo mi abuelita del bebito? —le pregunté.

—Dijo que era el hijo de una ahijada suya que se había muerto y que ella no lo podía criar en su casa.

Así de fácil. Nada salvaba a mi abuela. Incluso esa historia falsa dibujaba a una mujer despiadada. Incapaz de hacerse cargo de un bebé desamparado, aun cuando no hubiera sido su nieto, optó por delegar ese compromiso a una familia mísera, sin importarle de qué familia se trataba, ni mucho menos la suerte que correría la criatura (Pacheco 147).

En el pasaje citado, la excusa empleada por la abuela para justificar el abandono de Javier remite a los discursos que intentan validar, minimizar o negar⁹ la violencia ejercida por el Estado. Ante ello, la reflexión de la protagonista, cargada de un lenguaje de indignación, remite a los reclamos de la CVR. En su reflexión, Elena reconoce cómo los abuelos incumplieron su responsabilidad con Javier (porque, a pesar de ser responsables del bienestar de su nieto, le negaron el derecho a crecer en una familia y un ambiente seguro). Esta denuncia se asocia con el llamado de atención realizado por la CVR ante el Estado y las fuerzas del orden que los señaló como incapaces de asumir su responsabilidad de garantizar el cumplimiento de derechos de los ciudadanos.

⁹ El negar la violencia de los abuelos (y en su sentido alegórico, negar la violencia estatal durante el CAI) es una forma de negación perversa (explicada en el capítulo anterior), pero vista en esta sección desde la perspectiva de la memoria de salvación.

La novela no representa una solución al conflicto entre memorias, lo que representa la imposibilidad de establecer un consenso en torno a la manera de interpretar el pasado nacional. Esta dificultad de consenso puede ser leída como una expresión de los conflictos propios de la heterogeneidad sociocultural peruana desarrollada en el capítulo anterior. Prueba de la imposibilidad del consenso es el principal aspecto en el que difieren la CVR y las hermanas es la acción pública tras el estudio del pasado. La actitud de las hermanas consiste, al igual que la de la madre, en mantener ocultos los hallazgos para que estos permanezcan en su memoria. A diferencia de la CVR que presenta su propuesta de memoria en el espacio público y se opone activamente a la memoria de salvación, en la novela, el recuerdo del pasado se realiza en silencio para evitar que las instancias de poder (los abuelos) repriman nuevamente los recuerdos. Esta idea se percibe en la siguiente reflexión de Elena: “Si quería conocer la verdad, era mejor disimular. Engañar. Fingir. Si deseaba saber más, incluso si pretendía hablar con Alejandro Ramírez, mi abuela no debía enterarse de que Elisa y yo habíamos descubierto el baúl que la denunciaba” (Pacheco 111). La memoria de las hermanas, al contrario de la de la CVR, es presentada como únicamente posible en la clandestinidad. El afirmar a Javier implicaría que las protagonistas se reconozcan públicamente como familia de un terrorista ante una sociedad que rechazaba todo vínculo con los grupos subversivos. Este silenciamiento de la memoria, sin embargo, es problemático porque implica la impunidad de la violencia, como se desarrollara en la siguiente sección.

Si bien el silencio de las hermanas ante los abuelos no coincide con el proyecto de la Comisión, esta manera de representar la memoria de reconciliación alegoriza la dificultad de oficializar esta memoria como modo de enfocar la historia nacional en el espacio público. La novela representa cómo las instancias de poder son centrales en la “intencionalidad de la construcción de la narrativa de la nación”, en tanto la narrativa oficial se escribe en un vínculo estrecho con el poder (Jelin 73). El hecho de que las hermanas no puedan hablar públicamente del secreto familiar alude a los pocos espacios oficiales que se le otorga a la difusión de la memoria de reconciliación en el país, dada la presencia de la memoria salvadora en el sector conservador dominante. Un ejemplo de esta falta de espacios para la memoria de reconciliación es la poca enseñanza sobre el conflicto armado en los colegios. Como señalan Portugal y Uccelli, existe “un ambiente de sospecha” que obstaculiza el debate sobre el conflicto armado y, por ello, los profesores “prefieren evitar el tema o tratarlo de modo superficial” (20). Cuando sí se aborda el pasado violento en los espacios públicos, es frecuente que sea desde la

perspectiva hegemónica, la de la memoria salvadora; es decir, como si la violencia hubiera surgido únicamente por el radicalismo izquierdista de Sendero Luminoso y se evita el cuestionamiento del rol del Estado en la perpetuación de la violencia.

La novela, entonces, alegoriza mediante el silencio de las hermanas a aquellas personas que, cuando intentan hablar del CAI desde una perspectiva de derechos humanos, son silenciadas por los grupos de poder. La memoria salvadora, al consolidarse como la postura hegemónica sobre los hechos del pasado, silencia o somete las memorias individuales del país, de modo que reconocer “el abuso, torturas, muerte o desapariciones por parte del Estado, puede ser señalado como sospechoso de proximidad a posiciones subversivas (Portugal y Uccelli 21). La novela aborda esta realidad a través del silenciamiento del pasado de Elena-madre por parte de los personajes de los abuelos, así como a través de la decisión de las hermanas de callar sus descubrimientos para evitar las posibles represalias de los abuelos, portadores de la memoria salvadora. Entonces, la novela representa mediante esta dinámica familiar la dificultad de abordar el pasado violento ante las posibilidades de censura por parte de la memoria salvadora hegemónica.

Sin embargo, tampoco se puede interpretar esta representación como una expresión de la imposibilidad de mantener una memoria de reconciliación en el país, dado el esfuerzo de las hermanas por revelar el pasado, a pesar de la represión familiar, es símbolo de la supervivencia de dicha memoria ante la adversidad. La novela alude a cómo el paso del tiempo permite el surgimiento de revisiones a las narrativas oficiales y de nuevas interpretaciones contrapuestas “como resultado de las luchas políticas, de los cambios de sensibilidad de época y del propio avance de la investigación histórica” (Jelin 73). De esta forma, otorga una mirada más bien esperanzadora en torno a la memoria; ya que, como se verá en la siguiente sección, el descubrimiento de la verdad oculta habilita la búsqueda de una reconciliación con el pasado. A través de la familia protagonista, la novela realiza un llamado de atención sobre la imposibilidad de un consenso armónico entre las interpretaciones del pasado, pero también invita al lector a cuestionar las narrativas oficiales en torno al CAI.

En este subcapítulo, he analizado cómo la novela realiza una representación alegórica del antagonismo entre la memoria salvadora y la memoria de reconciliación tras la publicación del Informe Final de la CVR. Así, considero que el descubrimiento de la violencia familiar por parte de las hermanas alude al llamado de atención ante la violencia estatal realizado por la CVR. He desarrollado que esta idea de la memoria de la reconciliación entra en conflicto con la memoria de salvación propia de los grupos de

poder conservadores representados por los abuelos. Finalmente, he propuesto que la imposibilidad de consenso entre las hermanas y los abuelos sobre el pasado familiar alude a la dificultad de armonizar las perspectivas sobre el CAI, pero también a la resistencia de la memoria de reconciliación como modo de cuestionar la historia oficial.

3.3. Verdad, ¿y reconciliación?

En este subcapítulo, analizaré la representación alegórica del proceso de reconciliación en el Perú tras el CAI en la novela. Para ello, abordaré cómo se construyen los vínculos afectivos entre los personajes al final de la obra a partir del modo en que la CVR define la reconciliación. Teniendo en cuenta que la reconciliación implica el reconocimiento de los hechos del pasado y la reparación a las víctimas del conflicto, considero que la novela presenta las complejidades del proceso de reconciliación en el Perú. Primero, porque la obra propone un cuestionamiento de la dicotomía entre víctima y victimario a través del personaje de Javier. Segundo, porque los personajes ejecutores de la violencia no asumen su responsabilidad en la obra, lo que alegoriza el fracaso de la reconciliación ante la falta de justicia para las víctimas. Opino que la novela, ante este fracaso, propone un primer acercamiento hacia la reconciliación a través de los nuevos vínculos afectivos establecidos por las hermanas. Sin embargo, considero que este enfoque no es suficiente porque mantiene la reconciliación como una tarea pendiente de la sociedad peruana.

Para poder analizar la representación del proceso de la reconciliación en la novela, considero necesario especificar cómo se le define desde la Comisión de la Verdad y Reconciliación. Tras investigar los acontecimientos del CAI, la CVR incluyó en su *Informe Final* una propuesta de reconciliación a través de acciones concretas, tanto a nivel individual como social y nacional, con el objetivo de reparar los daños de la violencia sufrida y evitar su repetición. Según este documento, la reconciliación consiste en:

la puesta en marcha de un proceso de restablecimiento y refundación de los vínculos fundamentales entre los peruanos, vínculos voluntariamente destruidos o deteriorados por el estallido de un conflicto violento iniciado por el PCP Sendero Luminoso en las últimas décadas, y en el que la sociedad entera se vio involucrada. El proceso de la reconciliación es hecho posible, y es hecho necesario, por el descubrimiento de la verdad de lo ocurrido en aquellos años –tanto en lo que respecta al registro de los hechos violentos como a la explicación de las causas que los produjeron–, así como por la acción reparadora y sancionadora de la justicia (CVR *Fundamentos* 13).

Entonces, la reconciliación implica, además del reconocimiento de los hechos violentos, la reparación, es decir, el establecimiento de la justicia para las personas afectadas. Para

la CVR, la reconciliación y las acciones reparadoras que la conforman son una tarea que debe ser asumida por todos los miembros de la sociedad peruana.

La novela representa este proceso de reconciliación haciendo énfasis en el descubrimiento de la verdad de lo ocurrido (aspecto analizado en los subcapítulos anteriores), pero no lleva a cabo una representación de acciones reparadoras efectivas. Interpreto esta falta de reparaciones como un modo de abordar la dificultad del éxito del proyecto de reconciliación desarrollado por la CVR. Para desarrollar esta idea, tendré en cuenta que la CVR entiende la reparación como “un acto de justicia –individual o colectivo– y un deber de reconstruir lo dañado”, que “es tarea del Estado y de la sociedad entera” (*Fundamentos* 21). Las reparaciones deben ser integrales, e implican acciones como atención psicológica para las víctimas, sepultura de los fallecidos, apoyo económico y establecimiento de garantías jurídicas en contra de la impunidad (CVR *Fundamentos* 21). Entonces, las reparaciones suponen el medio por el que las víctimas pueden acceder a la justicia tras los abusos cometidos. A través de esta noción, desarrollaré cómo en la novela se representa la posibilidad de alcanzar la justicia reparadora ante las víctimas.

El primer aspecto de la novela que alegoriza la dificultad de llevar a cabo un proyecto de reconciliación exitoso en el Perú es la representación ambivalente de la figura de la víctima del conflicto a través del personaje de Javier. La novela, mediante la complejidad de este personaje, deconstruye la dicotomía presente en los discursos de memoria que separa los roles de víctima y victimario. Así, se opone a la imagen de víctima elaborada por la CVR. Esta última, en sus investigaciones, priorizó a aquellas “figuras que daban la impresión de ser ‘víctimas puras’, es decir, que no parecían contaminadas por alguna adhesión a Sendero Luminoso ni por práctica violenta alguna, y cuya identidad principal era la de haberse encontrado atrapadas ‘entre dos fuegos’ (Hibbett 151). Si bien en la novela aparece esta representación de víctima pura mediante el personaje de Matilde, la representación de Javier demuestra el carácter artificial de la necesidad de encajar a las personas dentro de las categorías estrictas de víctima y victimario.

Por un lado, la novela representa a este personaje desde las acciones que realiza como terrorista para demostrar su carácter de victimario. En la novela se describen los crímenes que cometió bajo el alias de “camarada Arnulfo” y acompañado de su hermana adoptiva Maruja, la “camarada Yolanda”. Esto se percibe en el siguiente pasaje, en el que Elena y Elisa revisan los recortes de periódico guardados por la madre:

el nombre del camarada Arnulfo aparecía designado como responsable de varias emboscadas a patrullas militares, del balazo en la nuca que recibió un regidor de Izquierda Unida, del asesinato a machetazos de dos dirigentes de una comunidad campesina ante los ojos de sus familias. Otro recorte [...] designaba a Arnulfo y a la camarada Yolanda como los cabecillas de la carnicería que asoló la comunidad campesina de Yanaorco, en las alturas del departamento del Cusco.

[...] Por sus nombres llamaron a Rufino Huamán y Adelisa Quispe, una pareja que no ostentaba ningún cargo en la comunidad. Los masacraron a punta de pedradas y garrotes. Ni bien espiraron, los cabecillas procedieron a descuartizarlos.

Algo que los redactores de esta noticia no indicaban, y que probablemente ni siquiera conocieron los sobrevivientes de la matanza, era que los cadáveres que los camaradas Arnulfo y Yolanda habían troceado frente a la atónita mirada de la comunidad, y cuyas partes dejaron colgadas del roble que daba la entrada al pueblo, pertenecían a sus propios padres (Pacheco 225-226).

El pasaje citado da cuenta de la gravedad de los abusos cometidos por Javier y, entre ellos, un delito tan grave como el parricidio. La descripción detallada de los golpes y la descuartización de los cuerpos, entendidos como violaciones a los derechos humanos, representan la magnitud de la violencia cometida por Sendero Luminoso. De esta forma, la novela propone una lectura del personaje de Javier como un agente partícipe y reproductor de la violencia senderista condenada por la CVR y la sociedad peruana.

Por otro lado, la novela también caracteriza a Javier como representante de las víctimas del CAI y de la desigualdad social peruana. La caracterización de Javier como víctima se lleva a cabo en la medida en que, desde su nacimiento, se le fue negado el acceso a los derechos fundamentales. Esto se trata de una privación extrema de potencialidades que consiste en la condición esencial de la víctima: ser objeto de una acumulación de privaciones (Aguero 107). Es decir, Javier se consolida como víctima en la novela porque fue privado de las posibilidades de vivir una vida plena, y el contraste con las vidas de sus hermanas refuerza esta idea.

Además de esta representación de víctima de la desigualdad, la novela retrata a las víctimas del conflicto mediante los crímenes de lesa humanidad cometidos por las Fuerzas Armadas contra este personaje. La representación de este personaje como víctima del conflicto se lleva a cabo en las descripciones de su cadáver profanado y torturado en vida. La alusión a las violaciones de derechos humanos cometidas por las fuerzas del orden aparece, por ejemplo, en el pasaje en el que Elena narra la reacción de su madre al reconocer el cadáver de Javier:

La Morgue Central de Lima recibió el cadáver de mi hermano [...]. Pero ella siguió apegada a la idea de que no era. Que no era. No solo porque las quemaduras de cigarrillos, que se expandían desde los genitales hasta cada uno de sus miembros bien podrían haber deformado ese lunar, y aquel lunar no sería el de Javier sino una chamusquina más, sino porque aquellos restos estaban en un deplorable estado... Ella siguió aferrándose a la idea

de que había una posibilidad de que no fuera. Porque ese cuerpo había sido cercenado de sus manos y de su cabeza (Pacheco 240).

En este fragmento, se representan los excesos violentos a los que llegaron las fuerzas del orden durante el CAI. La negación de Elena-madre a aceptar que aquel cadáver profanado sea el de su hijo alude al trato inhumano hacia los senderistas, incluso habiendo ya fallecido. Además, la descripción del estado de la cabeza y las manos de Javier, que “habían sido profanadas cuando aún estaban vivas” (Pacheco 248), demuestran el alcance de las torturas realizadas por los militares.

Entonces, la novela lleva a cabo un cuestionamiento de la imagen de la víctima pura a través del personaje de Javier, una “víctima impura” que ha sufrido violencia y al mismo tiempo la ha ejercido. Sin embargo, la obra no profundiza en la pregunta sobre si los senderistas víctimas de abusos estatales deberían recibir reparaciones, pero sí se contrapone al discurso oficial que percibe a los terroristas como seres despojados de toda humanidad y, por consiguiente, de todo derecho. A través del vínculo que las hermanas establecen con Javier (conociendo sus acciones violentas pero también la violencia que sufrió), la novela propone una perspectiva que le devuelve humanidad a la figura del senderista, pues es una persona que pertenece a una familia y a un contexto social determinado. Mediante el vínculo afectivo establecido por las Elena y Elisa con Javier como su hermano realiza un ejercicio de aproximación a la persona del senderista como ser humano. Esto supone “darles contexto, recuperarlos en sus trayectorias de vida, de generación”, sin que eso se trate de una manera de justificar sus crímenes, sino de un modo de “mirarlos profundo y conocerlos socialmente” (Agüero 56). En este sentido, la novela propone comprender a la figura del senderista como persona como parte de una reconciliación social.

Esta propuesta, a pesar de fundarse en el respeto a los derechos humanos, es problemática por la manera en la que la novela la desarrolla. Esto se debe a que, más allá de la descripción de los crímenes cometidos por Javier, en la novela las hermanas no realizan un cuestionamiento crítico de su responsabilidad en estos hechos. La actitud que asumen tras reconocerse como familiares suyas es de lamentar los sufrimientos que vivió y que lo llevaron a ejercer dicha violencia extrema. Es decir, no se alude desde este personaje a la responsabilidad de los senderistas de rendir reparaciones, esta posibilidad queda anulada por su muerte durante el conflicto. Asimismo, dado que el personaje de Javier no habla en la novela (como se ha desarrollado en capítulos anteriores), el

acercamiento humano a la figura del senderista está incompleto porque no se incorpora su voz, sino que se le impone un sentido externo.

Esta falta de justicia consiste el segundo aspecto que emplea la novela para representar la dificultad del proceso de reconciliación en el Perú. Además de la falta de reparaciones por parte de los senderistas, la novela tampoco aborda las reparaciones que son responsabilidad del Estado y los grupos de poder a través de los abuelos, personajes que los representan. Las hermanas, a pesar de representar a la CVR desde el descubrimiento de la verdad, no realizan ante sus abuelos el llamado de atención ni las exigencias de reparación que dicha institución le realizó al Estado. Lo más cercano a un llamado de atención a los abuelos ocurre en la escena que Elisa llama a su abuela tras enterarse de que ella secuestró a Javier y le espeta: “¡No me hables con ese tono de babosa! ¡Desgraciada! ¿Creías que nunca nos íbamos a enterar? Jamás vuelvas a llamarnos, ¡sácanos de tu agenda! ¡Maldita!” (Pacheco 50). Sin embargo, el valor de justicia de este reclamo desaparece porque, al avanzar la trama, a la abuela le da un preinfarto y, tras esa experiencia, las hermanas acuerdan actuar como si aquella llamada nunca hubiera pasado.

En este sentido, la impunidad de Gema y Juan ante la violencia alegoriza a la impunidad estatal ante los hechos del CAI. En consecuencia, la novela representa el fracaso de la propuesta de reconciliación de la CVR en tanto los personajes que lo alegorizan no asumen su responsabilidad. Como postula la Comisión, la impunidad implica “el abandono de la justicia [...]. A la impunidad no le interesa tomar en cuenta la verdad, muy al contrario, permite y tolera la mentira, la falsedad y el encubrimiento. En cambio, el sentido de reconciliación para la CVR está esencialmente ligado al de verdad” (*Fundamentos* 26). Es decir, la injusticia que supone la impunidad es un obstáculo que imposibilita la reconciliación. Esta se evidencia en la escena de la última visita que las hermanas realizan a la casa de los abuelos en la novela. El siguiente diálogo da cuenta de la decisión de las hermanas de mantener oculta la verdad sobre el pasado violento:

- ¿Crees que a Mamá Gema se le hayan olvidado las cosas que le dije el otro día?
- No, no lo creo. Pero creo que será bueno ir y hacer de cuenta de que no ha ocurrido nada (Pacheco 209).

En el pasaje citado, se reafirma la decisión de las hermanas de encubrir ante los abuelos sus descubrimientos del pasado familiar. Esta actitud se opone a la propuesta de reconciliación y justicia de la CVR, que considera que “el planteamiento del ‘borrón y cuenta nueva’ respecto de los crímenes cometidos no es posible para nadie. El principio

de la reconciliación se funda en la justicia y no en la impunidad. De ese modo, no sólo los militantes del PCP-SL deben pagar por sus crímenes, sino todo aquel que los ha cometido” (*Fundamentos* 34). Si bien esta decisión les permite a las hermanas seguir averiguando sobre su pasado (como se mencionó en la sección anterior), la ausencia de sanciones a los abuelos se muestra como una representación de la dificultad de establecer una justicia reconciliadora en un país marcado por relaciones de poder desiguales entre sus ciudadanos y cuyo Estado no se responsabiliza por la violencia ejercida.

De este modo, la novela representa cómo la falta de reparaciones por parte del Estado agrava la situación de subalternidad de las víctimas del conflicto. La falta de reparaciones por parte de los abuelos refuerza la imagen de los personajes afectados por su violencia (Alejandro, Matilde y Javier) como víctimas pasivas. De este modo, la novela los inscribe en la misma victimización paternalista que a las víctimas del conflicto, la cual “invisibiliza su capacidad para, por ejemplo, organizarse y exigir justicia e indemnización” (Del Pino parafraseado en Hibbett 155). En este sentido, la impunidad de los abuelos refuerza la subalternidad de estos personajes y demuestra el fracaso práctico del ideal de reconciliación planteado por la CVR.

No obstante, el final de la novela no apunta a una consideración pesimista del fracaso de la reconciliación en el Perú. A través de los nuevos vínculos familiares fundados por las hermanas, la novela propone un primer acercamiento alternativo a la reconciliación institucional desde la afectividad. Este modo de acercamiento se hace evidente en la escena final de la novela. En ella, Elena establece una relación fraternal simbólica con Javier al abrazar el árbol de molle en el que fueron enterradas su cabeza y sus manos:

Aquel molle había brotado bien y había vuelto a retoñar cuando parecía que su extinción era inevitable. Ese árbol, que fue la fuente de juegos de mi hermano, fue también su último refugio.

Elisa se fue a recostar sobre el poyo del patio, el lugar donde a él le gustaba quedarse horas, dormido o mirando el cielo, donde quizás alcanzó tiempos de paz. Me abracé al árbol y susurré aquello que mi madre habría pronunciado, ya sin miedo, ya sin la menor duda. Para siempre. A pesar de todo, aquí estoy, contigo. Para siempre (Pacheco 262).

En el pasaje citado, la figura del molle sirve para representar la permanencia de Javier en la memoria familiar a pesar de la represión de los abuelos. Asimismo, la narradora abraza a su difunto hermano a través del árbol y, al hacerlo, expresa simbólicamente la posibilidad de una reconciliación desde la afectividad¹⁰. Mediante la acción de Elena, la

¹⁰ Sin embargo, es necesario considerar que, en esta obra, la reconciliación ocurre con un personaje senderista que ha fallecido. De este modo, queda pendiente un abordaje de la reconciliación con los

novela representa la posibilidad de acercarse con compasión a las personas fallecidas que participaron en el conflicto y fueron víctimas de la violencia. Se trata de “acercarse con la suficiente sinceridad como para ponerse en el lugar del otro sin estar cargado por condenas o alabanzas previas. Acercarse con *compasión* significa, aquí, hacerlo permitiendo que el otro aparezca, que se revele en su identidad” (Merino 140, subrayados del autor). A través de este gesto, la novela presenta al lector la posibilidad esperanzadora de una intención sincera de apostar por la reconciliación.

Sin embargo, como ya se ha mencionado, aunque esperanzadora, este modo de representar la reconciliación únicamente desde el plano afectivo resulta insuficiente para el proyecto de la CVR. La novela no propone una solución a esta falta para aludir al hecho de que las memorias son inconclusas porque surgen en espacios de debate y desacuerdos. Ante ello, las memorias siempre están cargadas de tareas pendientes, tales como la consolidación de oficialidad de la memoria de reconciliación. Como señala Jelin, “las cuentas con el pasado quedan abiertas porque hay crímenes y daños que no pueden ser reparados y todo intento de resolución está condenado al fracaso. Quizás, lo específico de la memoria es que sea abierta, sujeta siempre a debates sin líneas finales, constantemente en proceso de revisión” (17). Al mantener abierta la posibilidad de darle un cierre a los hechos del pasado, la novela transmite al lector la sensación de que todavía hay una tarea pendiente que debe ser realizada por la sociedad peruana.

En este subcapítulo, he analizado las complejidades del proceso de reconciliación en el Perú representadas en la novela. Tras definir a la reconciliación desde la propuesta de la CVR, he planteado que la novela propone la dificultad de llevarla a cabo exitosamente mediante las ambigüedades de las relaciones familiares entabladas por las hermanas. En este sentido, la falta de reparaciones entre los personajes que representan a las víctimas y a los victimarios da cuenta del fracaso de la reconciliación nacional, así como de la artificialidad de la dicotomía entre víctima y victimario. Finalmente, he analizado la alternativa planteada por la novela ante la falta de reconciliación a nivel institucional, esta es, la reconciliación afectiva, como un primer paso para llamar la atención sobre la tarea pendiente de la sociedad peruana ante el pasado violento.

En este capítulo, he planteado cómo la novela lleva a cabo una representación alegórica del proceso de reconciliación nacional en el Perú. Para ello, he desarrollado cómo las hermanas alegorizan la labor de la CVR al construir una memoria familiar que

subversivos sobrevivientes al conflicto. Es decir, la pregunta de cómo la sociedad peruana podría reconciliarse con los ejecutores de la violencia que siguen vivos queda sin respuesta en la novela.

alegoriza la memoria colectiva de reconciliación. Luego, he abordado cómo se representa el conflicto en el Perú entre la memoria salvadora y la memoria de reconciliación a partir de los antagonismos entre las interpretaciones del pasado de los abuelos y las hermanas. Finalmente, he señalado que la novela representa las dificultades del proceso de reconciliación mediante el estado complejo de los vínculos familiares establecidos por las protagonistas al final de la historia.



Conclusiones

En esta tesis, he analizado la novela *La voluntad del molle* con el fin de valorar el ejercicio literario de representación de la realidad peruana llevado a cabo por Karina Pacheco. A lo largo de estas páginas, he defendido que dicha novela desarrolla una representación, por un lado, realista y crítica de la institución familiar peruana y, por otro lado, alegórica de la heterogeneidad sociocultural y el proceso de construcción de memorias del Conflicto Armado en el Perú a través de la narración ficticia de una experiencia familiar. A continuación, elaboro un repaso de las ideas planteadas en cada capítulo de este trabajo para reflexionar sobre la importancia del estudio de la novela de Pacheco ante el contexto nacional actual, caracterizado por la perpetuación de la desigualdad social y de los debates en torno a la memoria.

En el primer capítulo he examinado la crítica de la institución familiar peruana desarrollada por la novela a través de la representación realista de una familia cusqueña de clase alta. Mi análisis se enfocó en los roles y discursos de los personajes pertenecientes a la familia en relación con el pasado oculto. Para profundizar en el análisis de estos roles, he tenido en cuenta las nociones de Fowles y Mills que identifican el discurso como declaraciones que reproducen ideologías y que tienen el potencial de estructurar la realidad y la identidad. Desde esta perspectiva, he abordado los discursos conservadores de la abuela en comparación con aquellos que las hermanas construyen tras la revelación del secreto. Así, propuse que la novela critica a las familias peruanas de clase alta a partir de las pretensiones sociales de los personajes de los abuelos y los discursos que emiten para mantener el secreto familiar. Luego, planteé que la revelación del secreto familiar deconstruye la imagen de la familia al mostrar las identidades complejas de sus miembros. Por último, establecí que la novela propone vínculos alternativos a los de la familia tradicional mediante la incorporación de nuevos integrantes a la familia, pero que se mantienen en una posición marginal para representar la perpetuación de la violencia dentro de las familias. Por todo ello, en este capítulo he concluido que la novela apela, a través de sus protagonistas, a un cuestionamiento crítico del papel de la familia en la reproducción de desigualdades y violencias en el Perú.

En el segundo capítulo, he propuesto interpretar que *La voluntad del molle* es una representación alegórica del Perú como una familia. Para ello, partí de la noción de alegoría nacional de Jameson para argumentar que la experiencia de las protagonistas, en el ámbito familiar privado, representa la realidad nacional perteneciente al espacio público de la sociedad peruana. He argumentado que la novela emplea las dinámicas entre

los personajes de la familia para representar la compleja heterogeneidad sociocultural del país. Así, planteé que la pertenencia a la familia implica alegóricamente la pertenencia a la comunidad nacional. Para analizar este desarrollo alegórico, clasifiqué a los personajes en cuatro grupos para trazar sus correspondencias con los grupos sociales existentes en el Perú. Propuse que los abuelos alegorizan a los poderosos que niegan la violencia; Julia y las empleadas domésticas, a las víctimas de violencia que expresan la heterogeneidad sociocultural; Alejandro, Matilde y Javier a los subalternos olvidados por el poder, y las hermanas, a una nueva generación que reconstruye la identidad nacional. En este capítulo, concluí que la familia representa alegóricamente la complejidad de las relaciones socioculturales en el Perú.

En el tercer capítulo, he argumentado que la novela representa alegóricamente la construcción de memorias sobre el CAI y la complejidad del proceso de reconciliación en el Perú. En primera instancia, identifiqué a los personajes de las hermanas como representantes alegóricas de la Comisión de la Verdad y Reconciliación. Propuse que la construcción de la memoria familiar en la novela alegoriza cómo la CVR llevó a cabo las investigaciones sobre el pasado violento que le permitieron proponer una memoria de reconciliación. Posteriormente, señalé que los antagonismos entre las interpretaciones del pasado familiar de los abuelos y las hermanas representan el debate entre la memoria salvadora y la memoria de reconciliación a nivel nacional. Por último, propuse que la falta de reconciliación entre los personajes de la familia alude a la dificultad del éxito de la propuesta de la CVR en un Perú marcado por la desigualdad social no solucionada. Ante esta falta, identifiqué como la propuesta alternativa de la novela una reconciliación afectiva que, aunque insuficiente, supone un primer paso simbólico hacia la reconciliación nacional y que le transmite al lector la sensación de que la sociedad aún tiene pendiente procesar el pasado violento. Por todo ello, en este capítulo he concluido que la novela representa las dificultades del proceso de reconciliación y el carácter inconcluso de la memoria, sujeta a constantes reinterpretaciones.

Mediante los aportes presentados en esta tesis, he tratado de insertar a *La voluntad del molle* en el corpus de la literatura peruana del posconflicto para incorporar a esta obra en los debates sobre cómo el arte produce nuevos significados que tienen el potencial de transformar la identidad nacional. Este texto, así como muchos otros que abordan el pasado nacional, refleja, interpreta y cuestiona la realidad de un país marcado por la violencia y la desigualdad social. Ante ello, opino que el análisis realizado habilita la posibilidad de estudiar esta novela en relación con otras obras que representan el periodo

de violencia, para así encontrar modos en los que Pacheco se asemeja y se diferencia de los autores que la crítica ha establecido como representativos del tema.

Considero que el presente análisis, aunque detallado, ha habilitado el surgimiento de nuevas preguntas en torno a la novela y su relación con la memoria. Por ejemplo, dada la naturaleza del enfoque empleado, este trabajo no se ha centrado en analizar la novela desde una perspectiva de género. A partir del hecho de que Karina Pacheco recupera la afectividad femenina en sus obras, se puede realizar un estudio feminista que priorice la relación entre memoria y género, así como la discriminación de la mujer indígena andina que se representan en la novela. Si bien he realizado alusiones a la violencia de género en los capítulos, considero que queda pendiente este abordaje de la novela dada la importancia del tema de género en los estudios actuales en torno a la memoria.

Ante la relativa ausencia de una perspectiva de género en los estudios de la literatura sobre el CAI, la obra de Karina supone una valiosa fuente de análisis. El abordaje que he realizado de su primera novela abre las puertas a que el resto de sus producciones sean estudiadas desde una perspectiva académica para continuar esta tarea de integración al canon. Un ejemplo posible es su publicación más reciente, *El año del viento* (2021), obra que retoma el tema del Conflicto Armado Interno profundizando en la figura de la mujer senderista y en la violencia sexual llevada a cabo durante dicho periodo. Además, esta novela aborda cuestiones que quedaron sin respuesta en *La voluntad del molle*, como la imposibilidad de una reconciliación efectiva. Considero que el enfoque de esta tesis puede ser empleado para estudiar esta nueva novela y examinar las diferencias con la primera obra de la autora. Teniendo en cuenta los quince años transcurridos entre ambas publicaciones y la profundización del debate en torno a la memoria aludido en ambas novelas, es posible un análisis de las transformaciones que Pacheco presenta en torno a la construcción de memorias en el Perú.

El estudio de *La voluntad del molle* en este texto parte de una intención personal de otorgarle un mayor reconocimiento a esta obra como una pieza de gran calidad literaria. Es decir, mi análisis pretende leer esta obra más allá del carácter de entretenimiento asociado al drama familiar de la novela y profundizar en los debates que genera desde la ficción. Tras haber examinado la compleja representación de la realidad nacional desarrollada por la autora, considero que esta tesis es un paso necesario para incorporar a Karina Pacheco en el canon de la literatura peruana, tan desprovisto de escritoras. Entonces, el trabajo que he realizado pretende saldar la deuda que la crítica ha contraído

con esta autora que, desde el 2006, ha desarrollado una propuesta literaria de memoria que recién en los últimos años ha obtenido reconocimiento.



Bibliografía

- Agüero, José Carlos.
2018 *Los rendidos. Sobre el don de perdonar*. Instituto de Estudios Peruanos.
- Anderson, Benedict.
1993 *Comunidades imaginadas: Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Fondo de Cultura Económica.
- Barrantes, Rafael y Peña, Jesús.
2006 “Narrativas sobre el conflicto armado interno en el Perú: la memoria en el proceso político después de la CVR”. En Reategui, Félix (coord.) *Transformaciones democráticas y memorias de la violencia en el Perú*, Instituto de Democracia y Derechos Humanos - Pontificia Universidad Católica del Perú, no. 2, pp. 15-40.
- Beverley, John.
1987 “Anatomía de un testimonio”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Año 13, no. 25, pp. 7-16.
- Cárdenas, Mónica.
2018 “El mito de Antígona en *La voluntad del molle* (2006) de Karina Pacheco. Posibilidades de justicia transicional en la novela peruana actual”. En Forero, Gustavo (ed.) *Justicia y paz en la novela de crímenes*, Siglo del Hombre Editores. <https://hal.science/hal-01694323/document>.
2019 “Filiación y memoria femenina en la novela peruana escrita por mujeres de la última década”. *América sin Nombre*, no. 24, pp. 41-51. <https://hal.univ-reunion.fr/hal-02406084>
2020 “Mise en question de la maternité dans la construction des identités féminines pendant le conflit armé interne au Pérou (1980-2000)”. *Travaux & documents*, no. 55, pp. 77-87. <https://hal.science/hal-03124757/document>
2020 “Viaje y novela familiar en la memoria peruana del postconflicto”. En Basile Teresa; Gonzalez Cécilia. *Las posmemorias. Perspectivas latinoamericanas y europeas*, s/p. <https://hal.science/hal-03078968/>
2021 “Le roman de la mémoire sur le conflit armé au Pérou depuis une perspective de genre”. *Campos en Ciencias Sociales*, vol. 9, no. 2, s/p. <https://hal.science/hal-03619417/>
- Celis-Castillo, Pablo.
2019 “Hacer propio lo ajeno: subjetividad y reconciliación en *La voluntad del molle*”. *Transmodernity: Journal of Peripheral Cultural Production of the Luso-Hispanic World*, vol. 9, no. 2, pp. 85-108. <http://dx.doi.org/10.5070/T492046325>.
- Centro de Documentación e investigación LUM.
s/f “Caso: Gonzalo Mejía, Víctor Bernardino”. CDI-LUM. Consulta: 4 de noviembre de 2023. <https://lum.cultura.pe/cdi/video/caso-gonzalo-mejia-victor-bernardino>.
- Comisión de la Verdad y Reconciliación.
2003 “Introducción”. *Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación*. Tomo I, pp. 19-49.

<http://cverdad.org.pe/ifinal/pdf/TOMO%20I/INTRODUCCION.pdf>.

2003 “Capítulo 1: Fundamentos de la reconciliación”. *Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación*. Tomo IX, pp. 13-104.

<https://www.cverdad.org.pe/ifinal/pdf/TOMO%20IX/1.%20RECONCILIACION.pdf>.

Comisión de entrega de la CVR.

2004 *Hatun Willakuy: Versión abreviada del Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación Perú*. https://cdn01.pucp.edu.pe/idehpucp/wp-content/uploads/2017/05/27164654/hatun_willakuy.pdf

Cornejo Polar, Antonio.

1994 “Mestizaje, transculturación, heterogeneidad”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Año 20, no. 40, pp. 368-371. <https://doi.org/10.2307/4530779>.

2003 *Escribir en el Aire: Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas*. Centro de Estudios Literarios “Antonio Cornejo Polar” – Latinoamericana Editores.

Cotler, Julio.

2005 *Clases, Estado y Nación en el Perú*. Instituto de Estudios Peruanos.

de Vivanco, Lucero.

2021 *Dispare: Violencia y memoria en la narrativa peruana (1980-2020)*. Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial.

Evans, Dylan.

2006 “Disavowal”. En Evans, Dylan. *An Introductory Dictionary of Lacanian Psychoanalysis*. Routledge.

Faverón, Gustavo.

2006 “Introducción: El precipicio de la afiliación”. En *Toda la sangre: Antología de cuentos peruanos sobre la violencia política*. Grupo Editorial Matalamanga, pp. 9-38.

Freud, Sigmund.

2000 “Duelo y melancolía”. En *Obras completas*. Vol. 13, Amorrortu, pp. 234-255.

Giraldo, Santiago.

2003 “Nota introductoria”. En Spivak, Gayatri. “¿Puede hablar el subalterno?” *Revista Colombiana de Antropología*, vol. 39, pp. 297-364.

Hibbett, Alexandra.

2018 “*Los ilegítimos* de Hildebrando Pérez Huaranca: la literatura frente a la necesidad del acto”. En Hibbett, Alexandra; Ubilluz, Juan Carlos y Vich, Víctor. *Contra el sueño de los justos: la literatura peruana ante la violencia política*. Instituto de Estudios Peruanos y Editorial Horizonte, pp. 85-112.

2019 “La problemática centralidad de la víctima en la memoria cultural peruana”. En de Vivanco, Lucero y María Teresa Johansson (eds.). *Pasados contemporáneos: Acercamientos interdisciplinarios a los derechos humanos y las memorias en Perú y América Latina*. Iberoamericana Vervuert, pp. 149-165.

- Hibbett, Alexandra; Ubilluz, Juan Carlos y Vich, Víctor.
2018 “Introducción: Violentando el silencio”. En *Contra el sueño de los justos: la literatura peruana ante la violencia política*. Instituto de Estudios Peruanos y Editorial Horizonte, pp. 9-17.
- Jameson, Frederic.
2011 “La literatura del tercer mundo en la era del capitalismo multinacional”. *Revista de humanidades* no. 23, pp. 163-193.
- Jelin, Elizabeth.
2012 *Los trabajos de la memoria*. Instituto de Estudios Peruanos.
- Lerner, Salomón.
2003 “Prefacio”. *Informe Final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación del Perú*, Tomo I, pp. 13-17. <http://cverdad.org.pe/ifinal/pdf/TOMO%20I/PREFACIO.pdf>.
- Ludmer, Josefina.
1972 “Introducción”. En *Cien años de soledad: una interpretación*. Centro Editor de América Latina, pp. 13-25.
<https://archive.org/details/cienanosdesoleda0000ludm/page/26/mode/2up>.
- Mannarelli, Mariemma.
2018 *La domesticación de las mujeres. Patriarcado y género en la historia peruana*. La Siniestra Ensayos.
- Méndez, Cecilia.
2000 *Incas sí, indios no: apuntes para el estudio del nacionalismo criollo en el Perú*. Instituto de Estudios Peruanos.
- Merino, Rubén.
2018 “Colofón”. En Agüero, José Carlos. *Los Rendidos. Sobre el don de perdonar*. Instituto de Estudios Peruanos, pp. 137-153.
- Mills, Sara.
2004 *Discourse*. Routledge.
- Moraña, Mabel.
2003 “Prólogo”. En Cornejo Polar, Antonio. *Escribir en el Aire: Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas*. Centro de Estudios Literarios “Antonio Cornejo Polar” – Latinoamericana Editores, pp. xi-xvi.
- Pacheco, Karina.
2023 *La voluntad del molle*. Editorial Planeta Perú [Publicación original: 2006].
- Portugal, Tamia y Uccelli, Francesca.
2019 “Memorias, temores y silencios: el conflicto armado interno y su tratamiento en la escuela”. *Tarea, Revista de Educación y Cultura* no. 98, pp. 18-24.
<http://repositorio.iep.org.pe/handle/IEP/1156>.
- Prakash, Gyan.
2001 “La imposibilidad de la historia subalterna”. En Rodríguez, Ileana (ed.)

Convergencia de tiempos: Estudios subalternos/contextos latinoamericanos estado, cultura, subalternidad. Rodopi, pp. 61-69.

Quijano, Aníbal.

2000 “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”. En Lander, Edgardo (ed.) *Colonialidad del Saber y Eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas.* Buenos Aires: UNESCO-CLACSO, pp. 201-246.
<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/sur-sur/20100708034410/lander.pdf>.

Rich, Adrienne.

1995 *Of Woman Born: Motherhood as Experience and Institution.* W. W. Norton & Company.

Sabogal, Andrea.

2023 “‘Mamá era un mundo en sí misma’: análisis intertextual de la maternidad en las novelas *La voluntad del molle* (2006) de Karina Pacheco y *Por favor cuida de mamá* (2009) de Kyung-sook Shin”. XXVIII Coloquio de Estudiantes de Literatura, 23 de junio de 2023. Ponencia.

Saona, Margarita.

2004 *Novelas familiares: figuraciones de la nación en la novela latinoamericana contemporánea.* Beatriz Viterbo Editora.

Sommer, Doris.

2004 *Ficciones Fundacionales.* Fondo de Cultura Económica.

Spivak, Gayatri.

1996 “Subaltern Talk. Interview with the Editors”. En Landry, Donna y MacLean, Gerald (eds.) *The Spivak Reader: Selected Works of Gayatri Chakravorty Spivak.* Routledge, pp. 287-308.

Stern, Steve.

2000 “De la memoria suelta a la memoria emblemática: hacia el recordar y el olvidar como proceso histórico (Chile, 1973-1998)”. En Olgún, Miriam (ed.) *Memoria para un nuevo siglo: Chile, miradas a la segunda mitad del siglo XX.* LOM Ediciones, pp. 11-33.

Thompson, Rebecca Leigh.

2012 *Cusco después de Los zorros: The Legacy of Arguedas in Contemporary Andean Narrative.* Tesis de Doctorado. Universidad de Texas en Austin.
<https://repositories.lib.utexas.edu/handle/2152/ETD-UT-2012-05-5204>.

Vich, Víctor.

2011 ““No narrar” al subalterno: un apunte sobre la obra de José María Arguedas”. *Kipus: Revista Andina de Letras*, no. 30, pp. 5-21.
2015 “Introducción”. En *Poéticas del duelo: ensayos sobre arte, memoria y violencia en el Perú.* Instituto de Estudios Peruanos, pp. 11-21.

Zevallos, Omar.

2020 “Karina Pacheco: “A las mujeres se nos exige escribir como hombres””. *Diario Correo.* Consulta: 15 de mayo de 2024. <https://diariocorreo.pe/cultura/escritora-karina-pacheco-a-las-mujeres-se-nos-exige-escribir-como-hombres-noticia/>.